La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 14 de diciembre de 1908 — Núm. 1.407

S. M. EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ DE AUSTRIA,

retrato pintado por el profesor Luis Michaleck por encargo de la Bolsa de Viena,

Esta obra fué ejecutada en 1905 y se ha inaugurado el 2 de este mes, con motivo del jubileo imperial (fotografía de Carlos Leebald, de Viena, comunicada por Argus-Photo-Reportage, de Milán.)

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo quinto y último de la serie del presente año de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que será

LA ILÍADA, POEMA DE HOMERO

traducción literal en prosa por el Dr. L. Segalá Estalella; notable edición ilustrada con veinticuatro cabeceras dibujadas por Flaxman y veinticinco láminas del profesor A. J. Church.

Así por la importancia de la obra inmortal, como por lo esmerado y escrupuloso de la traducción y por la belleza de las ilustraciones, tenemos la seguridad de que el libro agradará extraordinariamente á nuestros subscriptores y será uno de los más interesantes de la BIBLIOTECA.

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *La voz de la playa*, por José Francés. – *Los Echevarri*, por Juan B. Enseñat. – *Colisión entre estudiantes italianos y alemanes en Viena y manifestaciones de protesta en Roma.* – *Un monumento á Gambetta.* – *Las elecciones parlamentarias en Turquía.* – *Jubileo del emperador Francisco José I de Austria.* – *Barcelona. Conferencia del Sr. Aubry en el Palacio de Bellas Artes.* – *Problema de ajedrez.* – *Un retrato*, por Adolfo Ribaux.

Grabados.—*S. M. el emperador Francisco José de Austria*, retrato pintado por Luis Michaleck. – Dibujo de C. Vázquez que ilustra el artículo *Los Echevarri.* – *David*, escultura de Carlos van der Stappen. – *Sol de tarde*, pintura decorativa de C. Vázquez. – *La Universidad de Viena.* – *Roma. «Méeting» de protesta contra los sucesos de Viena.* – *Monumento á Gambetta*, obra de L. Maubert. – *Constantinopla. Las primeras elecciones parlamentarias en Turquía.* – *Salida de las minas*, cuadro de Pedro Pablo Laurens. – *El cacharrero.* – *Declaración.* – *Recolección de naranjas*, cuadros de G. Puig Rodas. – *Medalla ofrecida por la ciudad de Viena al emperador de Austria.* – *Barcelona. Conferencia del Sr. Aubry.* – Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Un retrato.* – *Barcelona. Objetos descubiertos por las brigadas del Banco Hispano-Colonial.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La palpitación política ha venido ahora á apagar y poner en segundo término el interés de otras manifestaciones que, como las literarias y artísticas, aguardan el invierno para florecer, porque el invierno es la primavera del espíritu, el abril de la ciudad moderna. Libros, conferencias, audiciones musicales, todo eso parece requerir la luz artificial y la atmósfera caldeada por el fuego de las estufas. Flor de invernadero es la cultura humana, que sólo se abre á la caricia de un ambiente tibio, resguardado de las inclemencias de la calle.

Después de los conciertos de otoño por la Asociación Musical de Barcelona y de los que ha ofrecido el *Orfeó Català*, regístrase la lectura del poema *Vendimión*, en el Ateneo, por Marquina, las conferencias dominicales organizadas por la «Nova empresa del Teatre català» (Novedades) y las que ha iniciado la Junta de Museos en el palacio de Bellas Artes. Las primeras han sido cinco hasta ahora, á cargo de los Sres. Puig y Ferrater, Maseras, Vives, Prat Gaballí y Bertrán. Poetas, dramaturgos y críticos jóvenes disertan sobre cuantos puntos de vista ofrece el arte del teatro, en su esencia y en sus manifestaciones concretas á través de la historia. Estudios objetivos ó confidencias y opiniones personales, estos trabajos son un elemento de la general *revisión* á que todo se halla sometido ahora: escuelas, cánones, tradiciones astísticas y nombres consagrados, y revelan la inquietud de la última generación, atraída y perturbada por anhelos de novedad, de originalidad, de caminos insólitos y no trillados.

Las conferencias dadas en el salón de la Reina Regente del palacio de Bellas Artes han sido de índole arqueológica. M. Aubry habló de la música de los antiguos trovadores, exornando su explicación con un interesante programa de audiciones de aquella música; y M. Pierre Paris, de tanta autoridad en los estudios de la prehistoria hispánica, desarrolló el tema de la antigua cerámica peninsular, imitación ó evolución de la micénica, controvertiendo de una manera luminosa las más conocidas é importantes opiniones que se han emitido hasta ahora acerca de este asunto.

Entre las últimas publicaciones merecen citarse *De poetisació*, magnífica conferencia de Alomar en el Ateneo; *La fi d' un idili* y *Fets y paraules de mestre Blay Martí*, dos novelas de Alfonso Maseras; los *Idilis* y la leyenda popular *La pomera*, de Apeles Mestres; los *Contes d' un filosof*, de Diego Ruiz; la traducción catalana del *Tartarin sur les Alpes*, por Santiago Rusiñol... Entre los últimos estrenos de Romea y Novedades deben ser registrados: *Segones nupcies*, comedia en cuatro actos, y *La dama enamorada*, drama en cinco actos, de Puig y Ferrater; *Gent d'are*, de Coca Vallmajor; *Les follies del amor*, comedia de Regnard, uno de los contemporáneos de Moliere, eclipsados por su gloria, traducción de Puiggarí; *El gos dels Baskerville*, asunto policíaco del ciclo Sherlok Holmes; *Aucells de pas*, por Martínez Sierra y Santiago Rusiñol; *Cándida*, traducción del inglés... Esta sencilla enumeración basta para demostrar la intensidad del movimiento, en el cual, forzoso es decirlo, se observa más agitación que reposo, más atrevimiento que seguridad, como si respondiera á una fiebre de adolescencia, en busca de su molde definitivo.

Por último, dos obras importantes relacionadas con la historia intelectual de Cataluña requieren aquí mención especialísima. Una de ellas es el estudio sobre *Juan Boscán*, por Menéndez y Pelayo, que forma el tomo XIII de la Antología de poetas líricos castellanos; y la otra lleva por título *Documents per l' historia de la cultura catalana mitg eval*, compilados por el Dr. D. Antonio Rubió y Lluch, catedrático de Literatura de esta Universidad. El libro de Menéndez sobre Boscán agota el asunto, como siempre acontece cuando exprime alguno el ilustre polígrafo de Santander. Es un capítulo de historia y de crítica literaria definitivamente fijado. El diplomatario ó colección de documentos que acaba de publicar Rubió, entre los trabajos del «Institut d' Estudis Catalans» —más de 500 documentos en su mayoría inéditos,— ofrece todo el panorama, toda la línea general de la cultura catalana en el siglo XIV y principios del XV. Es una obra de erudición, de reproducción paleográfica; pero un espíritu medianamente distinguido y selecto hallará en ella más amenidad y deleite que en muchas novelas de campanillas y en infinidad de obras de las llamadas de imaginación. Ese diplomatario vale por cien arengas. Parece decir: «Eso fuimos, eso hicieron nuestros padres; imitadlo vosotros...»

MIGUEL S. OLIVER.

LA VOZ DE LA PLAYA

Agonizaba septiembre.

Había llovido en toda la noche anterior y una inmensa desolación se tendía sobre la playa, obscureciéndola, tumbando los cestones, arrinconando las casetas, absorbiendo la hinchada bravura de las olas.

El mar, un mar negro, corajudo, de monstruosos y atormentados saltos, de rabiosos espumarajeos llenos de algas, era una sinfonía rota, bárbara, acuchillado de silbidos el hosco y hondo bramar del agua convulsionada bajo la deshecha grisura del cielo.

Lidia fué á sentarse junto á la baranda del balneario, que aún parecía vibrar—con todo su viejo maderamen, con su piano hoy cerrado, con la crujiente tensión de las lonas del toldo—á las risas estivales, á las chillonas vocecitas femeninas y aquellas pisadas húmedas de los bañeros de pies desnudos.

Ahora, en su muerta desolación, espejo de la playa, crujía de viento y la humedad le ennegrecía las maderas como la cubierta de un buque, cuando los baldeos á la luz del ópalo del amanecer.

Lidia sintió un calofrío é instintivamente se abrazó los hombros, presintiendo el invierno en la vaporosa blancura de sus encajes.

Semejantes á dos espíritus, se dieron un ancho beso de hermanos el hastío de su vida y el abandono de la playa.

Aún dos noches antes, alguien le había propuesto el viaje á tierras de sol y de lujo; pero ella se encogió de hombros.

Con estúpida indiferencia contempló el desgranamiento, el éxodo de las gentes que empujaran los meses encendidos del verano. A cada nuevo día, nuevos rostros desaparecidos.

Su alma, impasible y tersa, hecha á lo exótico, á lo inesperado, cual luna de gabinete reservado donde las sortijas de los amantes enlazan el recuerdo, permaneció más impasible y más tersa que nunca, tendida rostro al cielo en una tal voluntad, en una tal inconsciencia de vivir, que casi le hacía daño.

Y, ya sola, de pechos en el barandal de madera, frente á la indómita fiereza del mar, sintiéndose en los cabellos y más dentro de los cabellos el mismo soplo de amargura que había barrido la playa, tumbando los cestos, arrinconando las casetas, absorbiendo las olas hasta los mismos férreos soportes del balneario, pensó en su vuelta á las ciudades...

«Tu vida tiene la fastuosa y lánguida melancolía de una cola regia»—le había escrito en cierta ocasión un poeta.

Ahora lo recordó. Desde no poco tiempo iba arrastrando como la cola de un vestido regio el fastidio de vivir; y aunque bastantes veces intentara abrir en él un desgarrón azul, una llamarada de incendio, algo que la deslumbrase ó la hiciese soñar, no lo había conseguido.

Tornaría al ajetreo mundano, á las noches fatigosas, locas, á las mañanas de desencanto. Volverían aquellas tardes lentas, caída contra los almohadones del landó, rodando sobre la arena de los paseos aristocráticos. También la huracanada monotonía de los paisajes siempre iguales desfilando en un vértigo de luz y de sombra ante los cristales de los *wagon-lits*.

Y siempre, en todos instantes, la insípida brutalidad de los hombres: la policroma pedrea de las joyas; la necia sumisión al modisto, presa en las telas nuevas, en automáticos movimientos de maniquí.

Bostezó.

—¡Mala mañana, eh, señorita? Hoy el mar está bravo para echarse á él...

Lidia volvió la cabeza.

Era un bañero que pasaba con dos cubos vacíos. Bajo sus recias pisadas el suelo retemblaba, perdiéndose poco á poco el temblor: Luego, un portazo.

Lidia miró nuevamente á la playa.

El mar crecía, obscuro, de olas enormes ó hinchadas donde las algas negras tenían retorcimientos y crispaturas de animales fabulosos. Del fondo surgían bramidos, sordos temblores como de truenos lejanos, como de un lejano ejército que avanzara arrastrando cañones al galope.

El cielo descendía, derrumbándose, achatando las cumbres de un cerro que avanzaba mar adentro, á la izquierda del balneario.

Lidia pensó en la pretérita rebeldía con que se comprara en otro tiempo su esclavitud de ahora. No siempre fué una resignada, una adormecida frente á lo inevitable; antes de encogerse de hombros había tenido un gallardo alzamiento de cabeza y un bravo sacudimiento de la cabellera rubioceniza de valkyria.

A nacer hombre, hubiera domado multitudes y conquistado tierras ignoradas. Pero así, mujer, se le hubo de empequeñecer su ansia de ideal, se le rompió la maravillosa piedra roja de la rebeldía y quedó sólo la fascinación de otra vida distinta á la de sus padres, el momentáneo ofuscamiento de las joyas y las sedas y el dulce no hacer nada.

—Hoy no nadaría, ¿verdauste? No está el mar para bromas.

Era el bañero, que volvía con los cubos llenos.

Irguió Lidia la cabeza. En la mate palidez del rostro le ardieron las pupilas.

—¿Por qué no?

El bañero se detuvo estupefacto y le temblaron los cubos, vertiéndose algunas gotas.

—¿Qué dice? ¿Está loca? Sería capaz...

Lidia se había puesto de pie. Estaba resuelta.

—Sí; soy capaz. Yo no le tengo miedo al mar. Ya sabes, Ginio, que nado bastante bien. Anda, prepárame la ropa.

—Ya lo creo que nada bien la señorita. Mejor que muchos de nosotros lo hace... Pero hoy no. Con la mar no se juega. Mire que á Dios no se le debe tentar...

Lidia pateó impaciente. Hasta ella subía la ruidosa convulsión de las olas indomables y macizas.

—¿Has oído? ¡Prepara la ropa!

Ginio dejó los cubos en el suelo, sintiendo la extraña fascinación de las pupilas verdes que tantas veces la hicieron triunfar á Lidia.

—Bien..., bien... La acompañaré á la señorita.

—No. Sola. Yo sola.

Cuando entró al agua, ágil y esbelta en su traje gris, dando puntapiés á las algas que se le enredaban viscosas y blandas á los tobillos, sonrió evocando las mañanas de agosto, su baño triunfal, asaeteada por tantos gemelos.

Ahora solo Ginio, royéndose las uñas, pronto á echarse en su auxilio, temblándole el corazón en su pecho de hombre acostumbrado á la furia del mar.

Una ola la tumbó contra el suelo; pero se levantó sonriendo, un poco pálida, sintiéndose, al pasar la mano por la frente manchada de arena húmeda, que tenía fiebre.

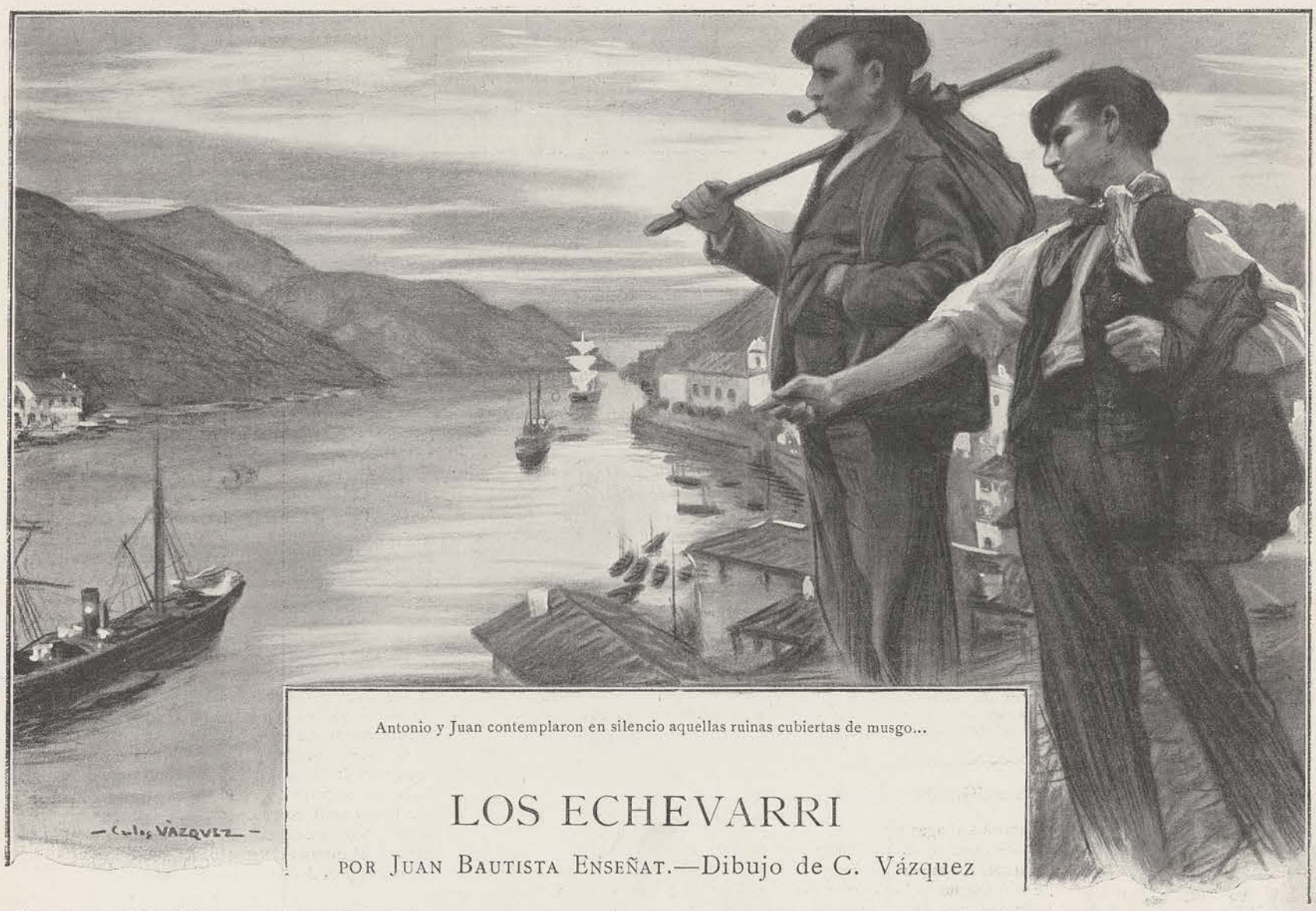
Resuelta, con decisivo arranque, empezó á nadar contra los inquietos acombamientos negros.

El rabioso cansancio de su vida la impulsó á más lejos que nunca, donde el agua era más espesa y obscura, con inmensos encajes de espuma.

Y de pronto, como un consuelo, como una abdicación, se abandonó...

Le tabletearon las sienes, se le hincharon los ojos, y una mano—sólo una mano—salió crispada y blanca, á flor de agua, en la desesperación del adiós supremo.

JOSÉ FRANCÉS.



Antonio y Juan contemplaron en silencio aquellas ruinas cubiertas de musgo...

LOS ECHEVARRI

POR JUAN BAUTISTA ENSEÑAT.—Dibujo de C. Vázquez

El padre, vencido al fin por una bronquitis crónica, iba á reunirse en la tumba con su mujer, muerta de una afección hepática hacía ocho meses, y llamó á sus dos hijos para dictarles su última voluntad.

El mayorcito tenía doce años; el otro, diez. Antonio era moreno, robusto, verdadero tipo vascongado. Juan era rubio, enclenque, como si su precoz inteligencia se hubiese desarrollado á expensas de su constitución.

—Antonio, dijo el moribundo, vas á ocupar mi puesto al lado de tu hermanito. Los Echevarri, de padres á hijos, han dejado un nombre sin tacha. Es la única herencia que recibiréis de mí. La desgracia me ha perseguido. Esta casa, en realidad, no me pertenece; la hipotequé á favor de vuestro tío Cristóbal aproximadamente por lo que vale. Mi cuñado se apoderará de ella, como es justo, después de mi muerte. Sin embargo, espero que no os echará á la calle. El huertecito que nos ayudaba á vivir tampoco es mío. Lo tenía yo arrendado por un quinquenio que ahora expira. Hijos míos, os dejo en la pobreza.

—¿Y la barca?, preguntó Antonio.

—Mi barca es lo único que se ha salvado en el naufragio de mi pobre fortuna. Será vuestro medio de subsistencia. Pero sé prudente, muchacho. El mar es caprichoso y las galernas hieren á traición. No seas temerario; piensa siempre que eres el único sostén de tu hermanito.

Haciendo un gran esfuerzo, el enfermo se incorporó, sacó de debajo la almohada una bolsa y la entregó á su hijo mayor diciendo:

—Toma; aquí encontrarás treinta pesetas y un doblón de á cinco duros. La moneda de oro tiene un agujero, pero eso no le quita valor. Hace veinte y pico de años que la conservo preciosamente en esa misma bolsa. No he querido desprenderme de ella, ni aun en los momentos de mayores apuros, porque es un recuerdo que tiene su historia. Guárdala, hijo mío, mientras puedas.

—¿Qué historia es esa, padre?, preguntó Juanito, cuya imaginación se avivaba fácilmente.

—Esa moneda, casi podríamos decir esa medalla, es un regalo de una bellísima señora. ¡Oh! No siempre fuí débil y enfermizo. En mis buenos tiempos tuve fama de vigoroso y valiente. En todo Pasajes no había un marinero más arriesgado que yo. Un día de gran temporal, salvé á una mujer, viajera de un buque que naufragó en la embocadura del puerto. Vuestra madre la cuidó durante los dos ó tres días que estuvo aquí enferma. La buena señora quería pagarnos el favor, sobre todo al notar nuestra pobreza; pero lo había perdido todo en el naufragio; no le quedaba más que esa moneda de oro, que llevaba colgada al cuello, como una reliquia, y me la regaló llorando. «Consérvenla ustedes—dijo;—quizá vuelva yo algún día por ella, y entonces daré en cambio veinte veces más de lo que vale.»

—La conservaremos, dijo Antonio.

El viejo Echevarri se durmió, tranquilizado por aquella promesa, pero no volvió á despertar.

Al día siguiente, los dos niños lo acompañaron al cementerio.

Aún no habían dominado su profunda pena, cuando el tío Cristóbal se apoderó de la casa, y los dos huérfanos lloraron durante largas horas á la puerta de su querido hogar, que se les cerraba para siempre. Después de aquella explosión de dolor, se abandonaron á una resignación sombría.

—¡Basta de sollozos!, exclamó de pronto el mayor de los dos hermanos. No quiero olvidar ni un momento los consejos de nuestro padre. Somos muy jóvenes, pero en nada debemos portarnos como chiquillos. Tengo dos años más que tú y esto me obliga á enseñarte á ser hombre. Ya no tenemos casa ni huerto, pero nos queda la barca y además los seis duros de nuestro padre, puesto que el tío Cristóbal nos ha mantenido estos días y ha pagado los gastos del entierro. Con esto podemos considerarnos ricos. A falta de hogar, dormiremos en la barca, que es también un hogar para los marinos.

Y, en efecto, durmieron á bordo el sueño de la inocencia.

Al amanecer, Antonio despertó á Juanito sacudiéndolo:

—¡Eh, chico, levántate!.. Vamos á aparejar para salir de pesca. Se presenta un día hermoso.

Juanito, que en semejante faena había ayudado muchas veces á su padre, secundó con prontitud é inteligencia á su hermano. Se hicieron á la mar, echaron sus redes y las recogieron con arte. La pesca no fué prodigiosa, pero á los niños les pareció muy abundante. Juanito la llevó al mercado y volvió con el producto de su venta: nueve reales, ¡un capital!

Animado por el resultado de su primera salida, Antonio dijo á su hermanito:

—Puesto que ganamos dinero, soy de parecer que construyamos una choza.

Dicho y hecho. Descubrieron entre dos peñascos un espacio en que cabían sin grande holgura dos lechos y una mesa, y allí construyeron su cabaña.

Ambos aguzaron su ingenio para que su rústica vivienda resultase verdaderamente habitable y para que su estética correspondiese á su relativa comodidad. A los quince días, los dos pequeños Echevarri eran designados por los habitantes del lugar con el apodo de los castellanos de la Peña.

Transcurrieron ocho años, al cabo de los cuales, ambos hermanos eran ya mozos fuertes, figurando entre los marinos más intrépidos de Pasajes. Si peligraba algún buque, Antonio y Juan eran de los primeros en acudir á prestar auxilio; más de un náufrago les debió la vida, y gozaban de tal prestigio entre sus compañeros, que éstos nada hacían, en las grandes circunstancias, sin pedirles su consejo ó su concurso.

Antonio iba á cumplir veinte años. Como matriculado, fué llamado á prestar su servicio obligatorio en la marina de guerra. ¡Qué trastorno, después de aquellos años de tranquilidad de espíritu, en medio de los azares de un rudo trabajo! Nunca había pensado en la contingencia de tener que abandonar el país. El mar, que le había mecido desde la niñez; su barca; sus redes; sus instrumentos de trabajo; su hermano menor, á quien servía de padre con celoso cariño: tales eran su hacienda, su patrimonio, su familia, su esperanza. A la idea de tener que abandonarlo todo, el gallardo mozo, el hombre fuerte, experimentó una mortal angustia que le abatió el ánimo, y dos lágrimas, sólo dos, pero gruesas como avellanas, rodaron por sus bronceadas mejillas.

—Tú guardarás la cabaña y continuarás la pesca, dijo á Juan el día que le explicó su situación. Eres ya un hombre y sabrás cumplir como bueno. Muéstrate en todo digno de nuestro padre, que Dios haya.

Juan meneó la cabeza y guardó silencio.

—Parto tranquilo, añadió Antonio. Somos ricos; tenemos ahorrados más de trescientos duros; harás de ellos el uso que bien te parezca. Durante mi servicio no necesito nada.

Sumiso como siempre á su hermano, Juan siguió guardando silencio, como si aceptase la nueva vida proyectada por Antonio.

Pero al día siguiente lo cogió suavemente por el brazo, se lo llevó de paseo hacia el muelle y le dijo con acento impregnado de emoción y de cariño:

—Antonio, he reflexionado mucho sobre tus manifestaciones de ayer; me he hecho cargo de las circunstancias que vienen de pronto á turbar nuestra existencia, y he resuelto no quedarme solo aquí. Venancio, el panadero, buscaba un substituto para su hijo, que ha entrado en quintas y ha caído solda-

do. Yo me he ofrecido á reemplazarlo, y hemos convenido en que por ello cobraré doscientos duros. Con esta suma y nuestros ahorros, compraremos á la vuelta una casa y otra barca.

En vano trató Antonio de disuadirle; su resolución era invariable. Al poco tiempo, los Echevarri habían alquilado su embarcación y prestaban servicio militar, Antonio en la armada y Juan en la infantería de marina.

Tres años después volvieron á su pueblo. Su corazón latió con fuerza cuando divisaron los claros horizontes, las montañas, el campanario y el puerto de su patria chica. Nada había cambiado. Pero ¡ay! faltaban su barca y su choza.

La barca había naufragado hacía un mes, con los dos pescadores que la tripulaban. La choza, como cansada de su largo abandono, se había hundido.

Antonio y Juan contemplaron en silencio, durante largo rato, aquellas ruinas cubiertas de musgo, sin atreverse á comunicarse mutuamente sus impresiones.

—Vámonos de aquí, dijo de pronto el hermano mayor sin poder contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Con la barca y la choza han desaparecido nuestros sueños dorados. El recuerdo perenne de nuestro bien perdido nos impediría ser aquí felices. ¡Vámonos, Juan!

Y como si éste hubiese sido todavía el niño de antes, Antonio se lo llevó á la posada. A la tristeza que les causaba el verse allí sin barca, sin hogar y sin familia, se unía el deseo de utilizar aptitudes nuevas, el afán de más ancho campo de actividad, la ambición de fortuna.

Aquel mismo día tomaron el tren de Bilbao, en cuya ciudad no tardaron en formar parte de la tripulación de un vapor de cabotaje, Antonio en calidad de sobrecargo y Juan como simple marinero.

Después de algunos meses de navegación, el capitán, que había tenido ocasión de apreciar sus bellas cualidades, les procuró colocación ventajosa en la casa del rico armador Betmann, consignataria del buque en Málaga.

Los Echevarri no tardaron en captarse las simpatías y la confianza de su jefe.

Antonio, que se había instruído consagrando al estudio todos sus ratos de ocio, conservaba, sin embargo, algo de su primitiva rudeza de lobo marino. Pero su carácter enérgico y franco le valió también las simpatías de la señora de Betmann, que á la primera ocasión quiso darle una prueba de aprecio.

—Amigo, le dijo un día su principal, mi señora y yo queremos que asista usted con su hermano á la celebración de nuestras bodas de plata.

Antonio trató de excusarse pretextando ocupaciones, porque le asustaba el lujo y la etiqueta.

—No admitimos excusas, replicó el jefe con un imperio que hizo inclinar la cabeza al empleado. Además, añadió el armador para tranquilizar á Echevarri, se trata de una fiesta de familia.

Aunque familiar, la fiesta fué magnífica. La señora de Betmann trató á sus convidados con una graciosa amabilidad que encantó á los Echevarri.

De sobremesa, cada comensal refirió algún episodio de su vida. Cuando todos hubieron hablado, la señora de la casa se dirigió á Antonio preguntándole:

—Y usted, Echevarri, ¿no tiene nada que contarnos?

El antiguo marinero se puso colorado como un oficial tímido ante un tribunal de exámenes.

—Nuestra historia es muy breve, señora, contestó irguiendo el cuerpo con resabios de respeto militar. Somos dos huérfanos naturales de Pasajes y contamos pocos episodios notables en nuestra vida.

—¡Ah!, exclamó la señora con una mezcla de sorpresa y de emoción. Yo creía que eran ustedes bilbaínos. ¿Conque son ustedes de Pasajes?

—Sí, señora, del país más bonito de España.

—¡Ah!, repuso ella fijándose en Antonio. Acaba usted de hacerme recordar un suceso muy triste. Naufragué hace años á la entrada de aquel puerto, y sin un bravo pescador que me salvó, no tendría hoy la dicha de celebrar mis bodas de plata.

—¿Cómo se llamaba su salvador, señora?

—No lo conocí por su apellido, sino por su apodo.

—¿Y su apodo era?..

—*El Corcho.*

Los dos hermanos se miraron mudos de asombro.

—Recuerdo que le regalaste mi famoso doblón, dijo el Sr. Betmann á su esposa; la primera moneda de oro que yo había ganado con mi trabajo.

—Sí, añadió ella con profunda emoción; yo la conservaba como una reliquia. Muchas veces se me ocurrió hacer gestiones para recuperarla; pero siempre me detuvo la repugnancia de reclamar, aun á cambio de otro obsequio, la devolución de un regalo.

—Señora, dijo Antonio sacando de una bolsita, que siempre llevaba al cuello como un escapulario, la sagrada reliquia que su padre le entregó al morir: tengo la satisfacción inmensa de podérsela entregar.

—¡Cómo! ¿Acaso su padre?..

—Mi padre era *el Corcho,* más conocido, en efecto, por su apodo que por su apellido, como la mayoría de los habitantes de mi pueblo.

Recordáronse los incidentes del naufragio del buque y del salvamento de la señora de Betmann, que regresaba entonces de un viaje á Burdeos, donde acababa de enterrar á su padre, cónsul de Alemania en la capital girondina.

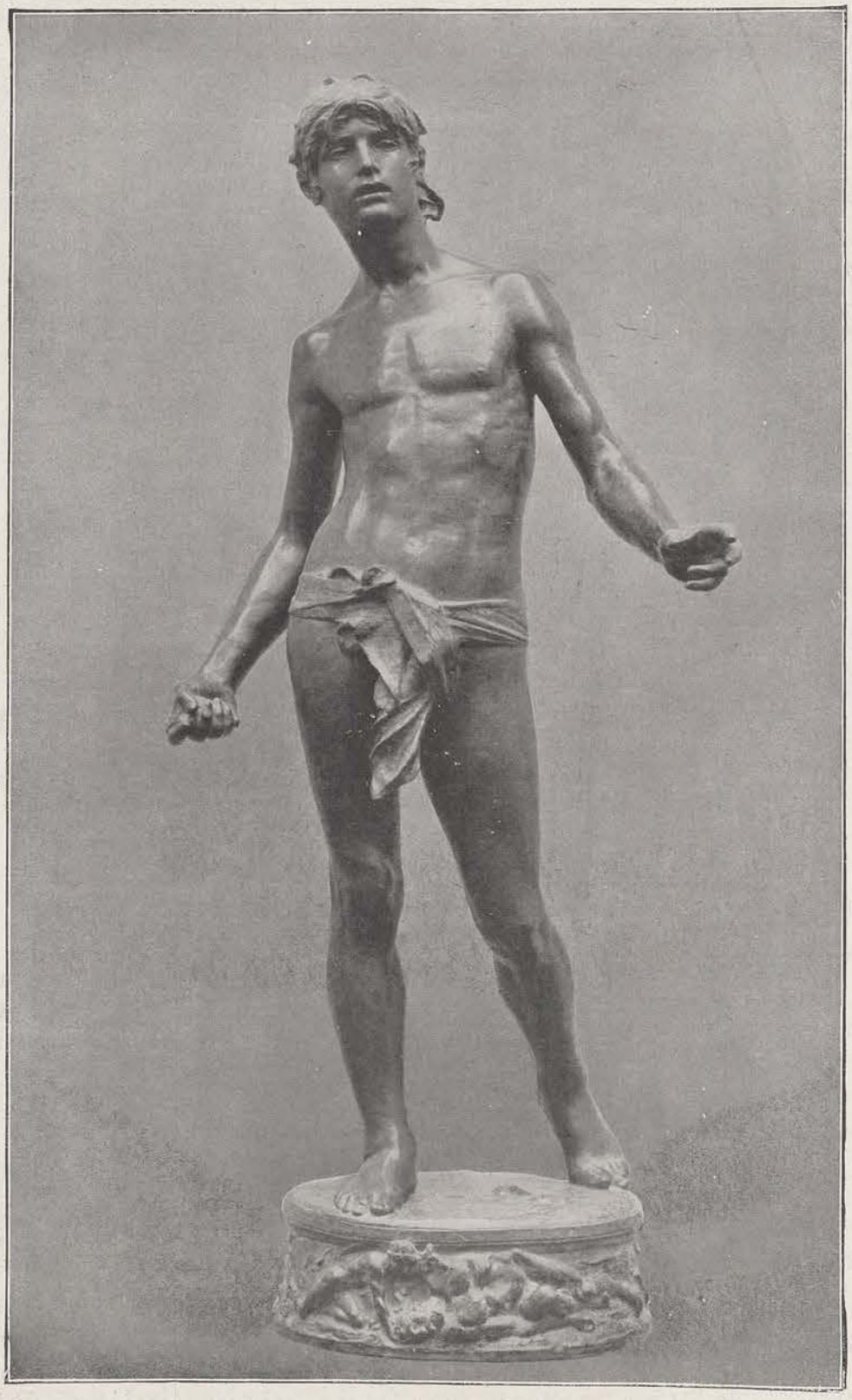
Los Echevarri refirieron brevemente los principales episodios de su vida, desde la pérdida de sus padres.

El armador dijo luego á Antonio, devolviéndole la moneda:

—Amigo mío, esta reliquia les pertenece á ustedes. Razón tuvo su padre al recomendarles que por nada del mundo se desprendiesen de ella. Su presentimiento de que les traería suerte se ha realizado. Guárdenla ustedes como prenda de fortuna.

El vaticinio había de cumplirse hasta el fin.

Seis meses después de este suceso, Antonio se casó con la hija única de los señores Betmann, y los hermanos Echevarri son hoy á su vez ricos armadores.



David, escultura en bronce de Carlos van der Stappen

DAVID, ESCULTURA

DE CARLOS VAN DER STAPPEN

Quién es van der Stappen y qué significación tiene en el arte belga contemporáneo, lo expusimos ya en el número 1.349 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En aquella ocasión hacíamos notar que cultivaba con igual éxito todos los géneros de la plástica, y refiriéndonos á uno de éstos decíamos que sus estudios caracterizábanse por su bella armonía de líneas y proporciones; el *David* que adjunto reproducimos y que llamó extraordinariamente la atención en una notable exposición de arte belga recientemente celebrada en Berlín, es la más elocuente demostración de aquel aserto. Tiene esta escultura toda la serenidad, toda la pureza de formas de las obras clásicas, pero al mismo tiempo hállase animada por ese soplo de vida, por ese movimiento que los escultores modernos imprimen á sus producciones.

SOL DE TARDE,

PINTURA DECORATIVA DE CARLOS VÁZQUEZ

No hemos de hacer el elogio del distinguido artista cuya firma honra frecuentemente nuestras páginas y que aparece al pie de la composición que en la siguiente reproducimos; lo mismo en España que en el extranjero, el nombre de Carlos Vázquez es harto ventajosamente conocido para que no sea necesario presentarlo una vez más acompañado de los elogios que por unanimidad en el mundo del arte se le otorgan. Tampoco es menester alabar la hermosa pintura que motiva estas líneas; sus bellezas son tantas y tan salientes, es tan intenso el sentimiento de poesía que de toda ella se desprende, es tan primorosa la ejecución de toda ella, que quien la mire ha de experimentar esa sensación que sólo causan aquellas obras que no sólo interesan á los sentidos, sino que hacen vibrar directamente las fibras del alma.—T.

Pintura decorativa original de Carlos Vázquez, ejecutada por encargo de una familia barcelonesa

El círculo vacío que se ve en el centro ha de estar ocupado por un reloj. Esta pintura, que estuvo expuesta en el Salón Parés, llamó extraordinariamente la atención no sólo por lo inspirado de la composición y por las bellezas del dibujo, sino también y muy especialmente por la brillantez de su colorido

COLISIÓN ENTRE ESTUDIANTES ITALIANOS Y ALEMANES EN VIENA Y MANIFESTACIONES DE PROTESTA EN ROMA

Hay en el imperio austro-húngaro dos territorios, el de Trieste y el Trentino, que si políticamente pertenecen al Austria, son de corazón italianos y forman parte de la llamada Italia *irredenta*. El antagonismo entre los oriundos de aquellos territorios y los austriacos alemanes data del mismo día de la anexión, y el transcurso del tiempo no ha podido mitigarlo, antes bien diríase que se encona á medida que pasan años, y que, por ende, van haciéndose menos realizables las esperanzas de redención.

Ese antagonismo ha dado lugar recientemente á un sangriento conflicto en la Universidad de Viena. Los estudiantes italianos que á ella concurren por necesidad y que vienen solicitando, desde hace diez años, la creación de una universidad italiana en Trieste, creían que con la constitución del nuevo ministerio austriaco bajo la presidencia del barón de Bienert, se acometería resueltamente la solución de este asunto, en el que les apoyan no sólo los diputados italianos, sino también el propio rector de la Universidad vienesa, que lo juzga conveniente.

La indiferencia del nuevo ministerio excitó la irritación de aquellos estudiantes, quienes el día 23 de noviembre último organizaron una manifestación pacífica pidiendo la concesión de la universidad italiana. Los estudiantes alemanes hicieron una contramanifestación, limitándose al principio á contestar con el canto del *Wacht am Rhein* al *Himno de Garibaldi* que los otros entonaban. Pronto, empero, cruzáronse insultos entre ambos bandos, y al fin los alemanes, en número de 2.000, acometieron á bastonazos á los italianos; éstos, que no pasaban de 200, se defendieron con brío, y la lucha alcanzó grandes proporciones, habiéndose hecho durante la misma muchos disparos de revólver y habiendo resultado en ella bastantes heridos, italianos casi todos.

¿A quién debe achacarse la culpa de lo ocurrido? Como es de suponer, cada bando se la achaca al contrario; pero sean quienes fueren los primeros responsables, resultan evidentes varios hechos: la justicia de la demanda de los italianos, la inmensa superioridad numérica de los alemanes y la gran desproporción en el número de heridos que, como hemos dicho, fueron italianos en su casi totalidad.

Los sucesos de la Universidad de Viena han repercutido naturalmente en Italia. En Roma, en Turín, en Florencia y en otras capitales los estudiantes han organizado manifestaciones de protesta contra la agresión de que han sido víctimas sus compatriotas en la capital de Austria. En la Universidad romana quemóse una bandera austriaca, y se hicieron demostraciones hostiles delante de las embajadas de Austria cerca del Quirinal y del Vaticano, viéndose obligada la policía á intervenir para evitar mayores desmanes.

El día 29 celebróse un *meeting* grandioso, en el que pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos importantes hombres públicos, entre ellos el eminente diputado Sr. Barzilai. – R.

La Universidad de Viena, en donde se produjo la colisión sangrienta entre estudiantes italianos y alemanes. (De fotografía.)

Roma.—Meeting de protesta contra los sucesos de Viena. El diputado Barzilai arengando á la multitud. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

UN MONUMENTO A GAMBETTA

Pocos hombres de la moderna Francia son tan merecedores como León Gambetta de que su memoria sea perpetuada en un monumento. Es muy difícil sintetizar en una ligera noticia como la presente, la vida de aquel eminente político, que en el momento acaso más crítico de la historia de su patria supo galvanizar al pueblo, que parecía anonadado después de los desastres de 1870-1871, y contribuyó poderosamente á hacer resurgir, de aquella Francia que parecía condenada á eterna ruina, la Francia rica y próspera de nuestros días. Las siguientes frases, escritas poco después de su muerte por otro hombre eminente, resumen por modo admirable las cualidades características de Gambetta: «Fué el más profundo orador de nuestros tiempos, y sin embargo, su elocuencia era menos notable, algo menos raro que su buen sentido; pero lo que en él dominaba y coronaba admirablemente sus demás cualidades era el amor á su patria, una preocupación apasionada por el bien público, la presteza á sacrificar hasta su posición personal, su popularidad misma, cuando los intereses superiores parecían exigirlo. Si los acontecimientos le elevaron á la gran situación que ocupó en Francia, no llevó á ella ni vanagloria ni egoísmo; siempre fué el abnegado servidor de la causa que había abrazado: lograr la prosperidad de la República, sujetándola á las condiciones de un gobierno regular; asegurar el porvenir de la democracia preservándola de las quimeras; hacer definitiva la obra de la Revolución, purgándola del espíritu revolucionario.»

Muchos son los monumentos erigidos en Francia á la memoria de Gambetta; á la larga lista de los mismos se añadirá en breve el que en febrero próximo inaugurará solemnemente en Niza el presidente Fallieres y que reproducimos adjunto. Obra del notable escultor Maubert, sobresale en ella la figura del gran repúblico que la corona y que el artista ha sabido presentar por modo admirable en actitud tribunicia, pronunciando uno de aquellos fogosos discursos con que sabía convencer y arrastrar á su pueblo.

Monumento á Gambetta, obra del escultor L. Maubert, que en el mes de febrero próximo ha de ser solemnemente inaugurado en Niza por el presidente de la República Sr. Fallieres. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LAS ELECCIONES

PARLAMENTARIAS EN TURQUÍA

Las primeras elecciones de diputados, efectuadas recientemente en el imperio turco después de la implantación del régimen constitucional, han dado lugar á grandiosas manifestaciones de júbilo en Constantinopla y en otras ciudades. Una de ellas fué la que se celebró en la capital apenas la elección terminada: reunido el comité electoral en el patio del Liceo imperial de Pera, acordó transportar con gran pompa la urna electoral á la Sublime Puerta, y al efecto organizóse inmediatamente una procesión, en la que figuraron, según se dice, 300.000 personas, formando una comitiva de más de tres kilómetros. El cortejo, en el que estaban representadas todas las clases sociales y las tres religiones dominantes en Constantinopla, musulmana, ortodoxa y armenia, recorrió las principales calles de la ciudad, despertando en todas partes gran entusiasmo, y cuando llegó á la Sublime Puerta, el gran visir se asomó á una tribuna y pronunció una alocución que fué saludada con grandes aclamaciones.

Y á propósito de esas primeras elecciones, no será inoportuno decir que han producido enérgicas protestas de los griegos, quienes acusan á los turcos de haberlos engañado, de haberles impedido la libre emisión de sus votos y de haber falsificado la elección apelando á todo género de fraudes, haciendo votar á los menores de edad y aun á los muertos. Todo esto ha dado lugar á tumultuosas demostraciones de disgusto por parte de los que se han creído perjudicados con tales artimañas, habiendo tenido que intervenir la fuerza pública, aunque afortunadamente sin derramamiento de sangre.

El Parlamento turco, que celebrará sus sesiones en el magnífico palacio imperial de Dolma Badge, inaugurará sus tareas, según parece, el día 17 de los corrientes.—S.

Constantinopla.—Las primeras elecciones parlamentarias en Turquía. Antes de la traslación de la urna electoral á la Sublime Puerta
Junto á la urna se ven un imán, sacerdote musulmán, un pope griego ortodoxo y un sacerdote armenio, que representan las tres religiones dominantes en Constantinopla
(De fotografía de Carlos Trampus.)

SALIDA DE LAS MINAS, cuadro de Pedro Pablo Laurens

EL CACHARRERO.—¡DECLARACIÓN.—RECOLECCIÓN DE NARANJAS, cuadros de G. Puig Roda

JUBILEO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ I

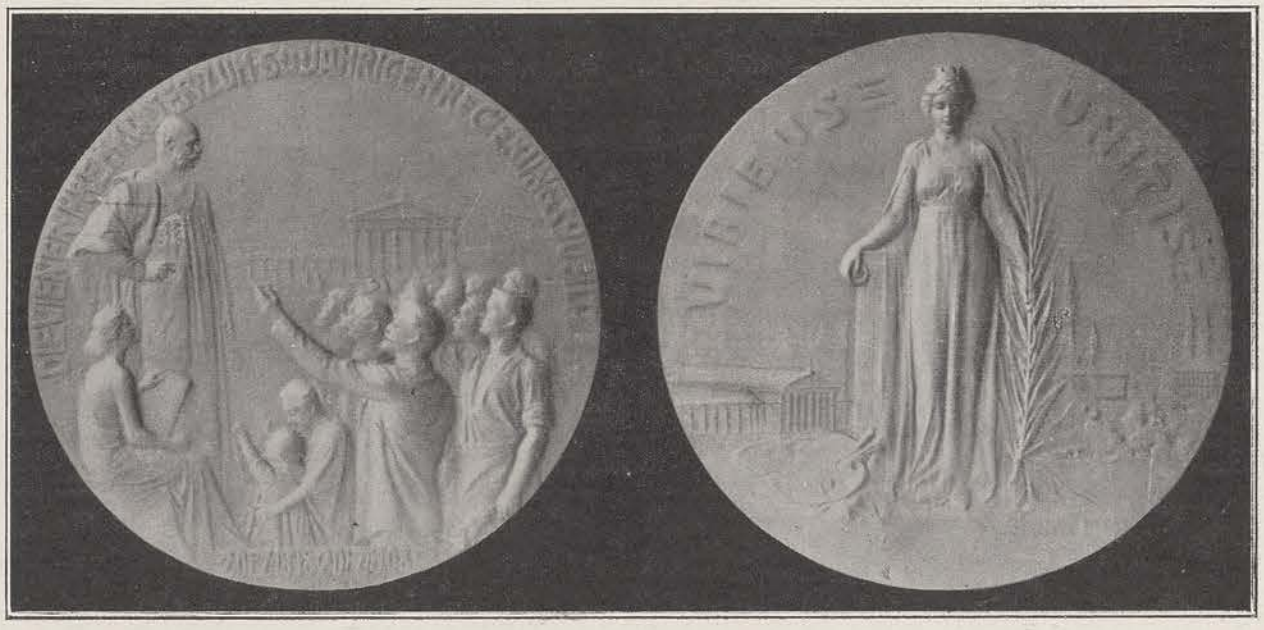
DE AUSTRIA

El día 2 de los corrientes cumpliéronse 60 años de la elevación de Francisco José I al trono imperial de Austria. Con este motivo se han celebrado en todo el imperio grandes fiestas, y en todas partes se ha testimoniado una vez más el afecto y la veneración que por el anciano monarca, decano de los soberanos del mundo, sienten sus súbditos. Desde tres días antes desfilaron por el Hofburg delegaciones de todas las corporaciones del Estado, y el día mismo del aniversario, Francisco José I fué aclamado con entusiasmo por toda la población de Viena cuando llegó á la iglesia parroquial del palacio para oir misa. Terminada ésta recibió á los miembros de la familia imperial, en cuyo nombre pronunció una alocución el archiduque heredero; después le felicitaron los altos dignatarios de la corte, y el ministro de la Guerra señor Schönaich le entregó, en nombre del ejército, un magnífico regalo, consistente en una cruz del Jubileo adornada con magníficos brillantes.

Por la tarde hubo en palacio gran banquete y por la noche una espléndida función de gala en la Opera, habiéndose representado *El sueño del emperador*, obra de la princesa Salm, en la que se reprodujo en cuadros fantásticos y deslumbradores la historia del imperio, y un baile, *Lejos de la patria*. Para este espectáculo, que resultó maravilloso, habíanse gastado 300.000 coronas. Ocioso es decir que el teatro presentaba un aspecto verdaderamente magnífico.

Completaron las fiestas espléndidas iluminaciones de los principales edificios públicos y particulares de la capital.

Con motivo del jubileo, la ciudad de Viena ha regalado al emperador la artística medalla que adjunta reproducimos.



Medalla ofrecida por la ciudad de Viena al emperador Francisco José I de Austria con motivo de su jubileo imperial, obra del escultor Luis Haju. El anverso representa la salutación al emperador de todas las clases de la población vienesa; el reverso, la ciudad de Viena prestando juramento de fidelidad al soberano. (De fotografía de Nouvelles-Photo.)

Barcelona.—Conferencia dada en el Palacio de Bellas Artes por el eminente musicógrafo francés Sr. Aubry, sobre «La obra musical de los trovadores,» el día 6 de los corrientes
(De fotografía de Castellá.)

BARCELONA. - CONFERENCIA DEL SR. AUBRY

EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES

En la tarde del domingo, día 6 del actual, el eminente musicógrafo francés Pedro Aubry dió en el salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes una notabilísima conferencia sobre la obra musical de los trovadores. Esta conferencia ha sido la primera de una serie organizada por la Junta autónoma de Museos y Bellas Artes de esta capital, con objeto de divulgar el conocimiento de los más importantes temas artísticos.

Después de unas cortas frases del Sr. Puig y Cadafalch, presidente de la junta, D. Felipe Pedrell, organizador de la conferencia, hizo la presentación del Sr. Aubry, verdadera autoridad en materias relacionadas con la historia del arte músico en la Edad media. A seguida el conferenciante leyó un notable trabajo, en el que, después de esbozar lo que eran y representaban los trovadores, señaló la importancia que en su obra tenía el elemento musical, explicó el carácter propio de su música, haciendo constar que representa una verdadera época de transición, indicó la importancia casi absoluta que los trovadores catalanes y provenzales daban á la melodía, estudió la personalidad musical y literaria de algunos de ellos y terminó elogiando el movimiento que á favor de la propagación de la cultura se inicia en Cataluña. En corroboración de las manifestaciones del Sr. Aubry ejecutáronse varias melodías de Marcabrú, Giraut de Borneil, Rambaldo de Vaqueira, Jaufré Rudel, Riquier, una de las cantigas de Alfonso *el Sabio*, una balada provenzal, un *arrolo* gallego y una saeta andaluza, que fueron cantadas por el Sr. Dini, con acompañamiento de arpa, por doña Concha Gracia, y de armonium, por D. José Cumellas. El Sr. Aubry fué muy aplaudido y calurosamente felicitado por el público que llenaba el salón de la Reina Regente.

EL CACHARRERO. — DECLARACIÓN. — RECOLECCIÓN DE NARANJAS, CUADROS DE G. PUIG RODA. (Exposición Miralles.) (Véase la lámina de la página 817.)

Forma parte el Sr. Puig y Roda de ese núcleo de artistas valencianos, á cuyo rente figura el distinguido pintor Joaquín Agrassot, que dedican todas sus aptitudes é inteligencia á representar, en forma agradable y simpática, los tipos, escenas y cuadros de costumbres que constituyen el modo de ser del país que les vió nacer, perpetuando en cierto modo cuanto de característico ofrece al artista la hermosa región valenciana, con todos los contrastes de su vigorosa coloración, la exuberancia de su pródiga naturaleza y la vida de sus animados cuadros, que recuerdan costumbres y tradiciones de épocas que pasaron.

Aplausos merece el pintor Puig Roda por su noble empeño y muchos más por la forma en que realiza la obra emprendida, ya que sus cuadros son páginas bellamente escritas de la vida local contemporánea y manifestación galana de la pujanza de esa moderna escuela valenciana, que cuenta con tan celebrados intérpretes y anales tan gloriosos.

Espectáculos.— BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Contra-Claror*, drama en tres actos de R. Suriñach Sentíes, y *La confessió*, drama en tres actos de Joaquín Dicenta, traducido al catalán por Guillot; en Novedades *Cándida*, drama en tres actos de B. Shaw, traducido al catalán por los Sres. Alegre y Broutá, y *Un cop de vent*, paso de comedia en un acto de José Morató; en el Eldorado *La fuerza bruta*, comedia en un acto y dos cuadros de Jacinto Benavente; y en el teatro Granvía *El talismán prodigioso*, zarzuela fantástica en un acto y cinco cuadros de Sinesio Delgado, música del maestro Vives, para la cual han pintado cinco decoraciones los Sres. Moragas y Alarma. En el Liceo se ha cantado con regular éxito *I barbari*, ópera en tres actos y un prólogo de Saint-Saens, en cuya ejecución se han distinguido las señoritas Gagliardi y Juliá y los señores Guillion, Nicoletti-Korman y Molina. La obra ha sido muy bien concertada por el maestro Mascheroni, y á su estreno ha asistido el maestro Saint-Saens, quien ha sido objeto de cariñosas ovaciones. En el propio teatro se ha cantado *Zazá*, de Leoncavallo: fueron muy aplaudidos la Sra. Carelli y los Sres. Schiavazzi y De Luca.

Palacio de la Música Catalana. — El «Orfeó catalá» ha organizado una serie de conciertos de música *di camera* á cargo de los reputados artistas Sres. Perelló (violín), Casals (violín), Rabentós (violoncelo), Forns (viola), y Vives (piano). En el primero se tocaron el *Trío en sol* de Haydn, el *Concierto en sol mayor* de Mozart y la *Sonata en fa* de Grieg, obras bellísimas, que fueron perfectamente ejecutadas y entusiastamente aplaudidas.

AJEDREZ

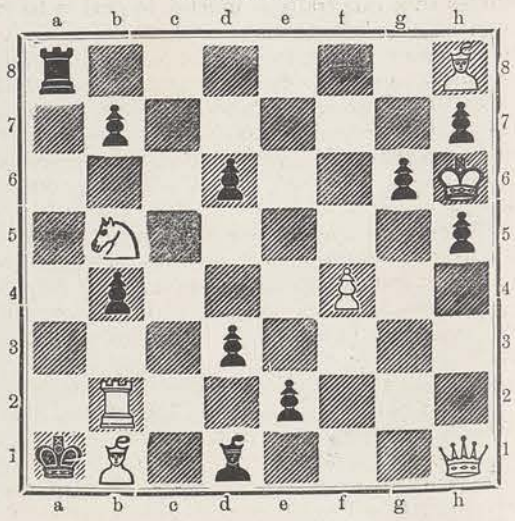
—

PROBLEMA NÚMERO 510, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso de «Norwich Mercury» 1905.

—

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

—

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 509, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A g3 – h4	1. g5 × h4
2. C c1 – b3	2. c4 × b3
3. c2 – c4 jaque	3. b4 × c3 al paso
4. T g4 – a4	4. Cualquiera.
5. e2 – e4 mate.	

VARIANTES.

2. ..... Rd5 e6; 3. Tg4 × g7j., Re6-d5; 4. Ah3 – g2jaq., etc.

Ab8ó Da8-a7; 3. e2-e4jaq., etc.

1... Da8-c6; 2. e2-e4jaq., Rd5-d4; 3. Cc1-e2jaq., Rd4-e3; 4. Ah4 – f2jaq., etc.

Rd5-e6; 3. Tg4-f4jaq., Re6-e7; 4. Ah4 × g5jaq., etc.

1... Rd5-e6; 2. Tg4-f4jaq., Re6-d5; 3. e2-e4j., Rd5-d4; 4. Cc1 – e2jaq., etc.

1... c4-c3; 2. e2-e4jaq., Rd5-c4; 3. Ah3-f1jaq., etc.

Rd5-d4; 3. Ah4-f2jaq., etc.

1... Otra j.ª; 2. e2-e4jaq., Rd5-d4ó e6; 3. Cc1-e2j. ó Tg4-f4j., etc.

Al otro día, en efecto, comenzaba el trabajo

UN RETRATO, POR ADOLFO RIBAUX, dibujo de Sardá

—Amigo mío, había dicho el joven y célebre médico Jacobo Duvernoy al pintor Francisco Valvert, también célebre y joven como él, nadie tiene más de una vida ni una doble provisión de fuerzas. Hace bastantes años que trabajas mucho, lo cual te ha valido un nombre y una rumbosa clientela; y por otra parte eres muy solicitado por la alta sociedad, sales á menudo, comes fuera de casa y asistes con frecuencia á bailes y teatros. Hablando en plata, lo que tú haces es derrochar tu salud. No diré que estés enfermo, pero sí algo fatigado y ajado prematuramente.

—¡Al grano, al grano!, replicóle Valvert sonriéndose.

—Al grano voy. Necesitas indispensablemente dos cosas: descanso y un cambio de aires, pero un cambio de aires radical; no el aire de la Costa Azul, tibio y voluptuoso, sino, por el contrario, un aire fuerte, tónico, estimulante, el aire de las altas montañas...

—En una palabra, ¿adónde quieres que vaya?

—En una palabra, á Suiza, á la Engadina, á Saint-Moritz.

—¿En esta estación?

—Estamos á mediados de abril; pero además, ¿qué importa? La Engadina ha llegado á ser una famosa estación de invierno, y allí encontrarás, amén de un paisaje admirable, todo lo que te hace falta para reponerte sin verte condenado á una existencia cenobítica.

—¿Y me mandas allí en seguida?

—Ponte en camino esta noche, si te es posible; y no te lo digo porque sea yo un especialista para las enfermedades nerviosas, sino porque en materias de salud toda dilación es mala. No hay que jugar con los nervios, y los tuyos están ligeramente... agitados... ¡Qué suerte tienes, hijo! ¡Cuánto daría yo por poder marcharme contigo!

—¿Conoces esa moderna Jauja?

—Sí, hace diez años estuve allí precisamente para estudiar las verdaderas condiciones de aquel país, que me habían pintado como maravillosamente á propósito para las curas de aire en todas las épocas del año, y el resultado científico de mis investigaciones superó mis esperanzas. Aparte de esto, aquella naturaleza es hermosísima; pero debo decirte que por esta vez te prohibo que cojas los pinceles.

—¿Y si encontrase algunos temas de belleza interesante?

—A lo sumo te consiento algunos estudios, pero rápidamente trazados, sin ahondar en el asunto.

—¿Ni siquiera un par de cuadros?

—¡Vamos! Ya veo que harás lo que te dé la gana; pero en fin, si te empeñas en no curarte... De todos modos, haz el viaje aunque no sea más que por el placer...

—Será también una lección de geografía, replicó Valvert, de esa ciencia que, según dicen, tenemos los franceses algo descuidada. ¿Y cómo se va á ese paraíso de la Engadina?

—Saliendo de París por la noche, á la mañana siguiente estarás en Neuchatel ó en Basilea; atravesarás Suiza de día, dormirás en Coire, y al otro, la diligencia te dejará en Saint Moritz. Si estuviésemos en verano, te encargaría que me enviases un ramo de rosas de los Alpes y de *edelweis*.

Y Francisco Valvert, que había seguido el consejo de su amigo, llegaba aquella noche á la capital de los Grisones, á la vieja ciudad episcopal que, iluminada por la luna, tenía el aspecto de una población legendaria. Al siguiente día, continuaba el encantamiento al través de la garganta del Albula, cubierta aún de nieve, en un día soleado y azul que mostraba ya las primicias de la primavera. Nunca hubiera dicho que el camino fuese tan pintoresco; el trineo volaba como una flecha, y á cada vuelta de la carretera subía de punto su admiración. Cuando al término de la tercera jornada se le apareció la Engadina, con su imponente círculo de altas cimas, con sus bosques y con sus lagos, hubo de confesarse que Duvernoy había estado justo y que la reputación de aquella comarca no era usurpada.

* * *

El día siguiente al de su llegada fué uno de esos magníficos días del invierno engadinés, de que no pueden formarse idea los que no los han visto con sus propios ojos.

Valvert casi no daba crédito á los suyos cuando, al abrir la ventana, vió el valle envuelto en su manto de armiño, en el que los tres lagos, de un verde azul intenso, parecían tres pupilas inmensas de profunda mirada; los bosques cubiertos de escarcha, todo aquel caos de cumbres resplandecientes, cuyas laderas parecían en unos sitios de cristal y en otros de amatista ó de diamante, y por encima de todo ello un cielo casi meridional, límpido, diáfano, radiante, sin la más pequeña niebla, en el que brillaba un sol espléndido. Aquella primera contemplación bastó para hacerle amar la romántica Engadina, y bajo la impresión del admirable espectáculo escribió una carta entusiasta á Duvernoy.

Al otro día cambió el tiempo, y durante una semana seguida cayó una nieve espesa, acompañada de viento que hacía imposible los paseos y los deportes.

—Esto no durará, decían los comarcanos.

¡Qué más deseaba Valvert! Pero entre tanto, aquel mal humor de la atmósfera le agriaba el suyo, y una vez leídos los diarios y despachada su correspondencia, no sabía qué hacer y se apoderaba de él el tedio, que era lo que en el mundo más detestaba.

—¡Ni siquiera el recurso de pintar una tabla de flores!, exclamaba despechado en la mañana del octavo día.

Pero aquel día precisamente abrióse un claro entre las nubes, y por allí asomó un rayo de sol, que Valvert aprovechó para estirar sus entumecidas piernas y disipar sus pensamientos tristes.

Delante del aparador de una tienda de la calle principal, junto á la iglesia, detúvose gratamente sorprendido.

«Me había equivocado—pensó;—he aquí unas magníficas flores que por fuerza deben venir de Génova ó de Niza. ¡Y qué hermosos cristales! ¡Qué piedras tan interesantes!

Entró en la tienda y quedó aún más encantado. El local era pequeño, pero estaba muy bien arreglado con algunos antiguos muebles del país, esculpidos y adornados con divisas en el dialecto de la comarca; en unos estantes había alineadas piedras alpestres de todas clases, cuarzos, ágatas, cristales, unas de color de esmeralda, otras de amatista ó de ópalo; y en una gran mesa de retorcidas patas, gran número de plantas verdes, palmeras, drácenas, helechos, que formaban un fondo verde de varios matices á multitud de brillantes flores meridionales, rosas blancas, rosas te, rosas encarnadas, claveles rojos, anémonas moradas y purpúreas, jacintos multicolores y ramas de mimosa llenas de millares de minúsculas bolas de color de oro vivo. Después de tanta nieve, aquella era una visión primaveral; además, los follajes y las flores estaban dispuestos con un gusto, con una

gracia poética y con una habilidad que cautivaron al pintor.

En el fondo de la tienda, junto á una ventana de pequeños vidrios, estaba sentada una joven que hacía encajes, y enfrente de ella, en un sillón antiguo, una mujer entrada en años, vestida de campesina engadinesa, que entre sus arrugadas manos tenía un libro con broche de plata. El rostro de la anciana, surcado de arrugas, llevaba impresa la dura marca del tiempo; pero una sonrisa dulcísima animaba sus labios, y su expresión era serena y tranquila; era un hermoso rostro de abuela, en el que se reflejaba un alma cristiana. La joven tenía todo el tipo de las vírgenes lombardas, tipo que Valvert conocía perfectamente por haber residido varias veces en Milán y en el lago de Como: las mismas mejillas llenas, la misma frente ligeramente combada, los mismos párpados algo gruesos, la misma boca un tanto sinuosa.

«Es la estampa de un personaje de los cuadros de Luini»—pensó Valvert cuando se le acercó la tendera preguntándole en francés bastante correcto qué deseaba.

—Flores, señorita, respondió el pintor. Y antes habría venido de haber sabido que las había tan bellas en esta tienda. ¿De dónde se las traen á usted?

—De Nervi.

—Son de la Liguria, ya me lo figuraba. Hágame usted un ramo grande.

Valvert no apartó los ojos de la joven mientras ésta confeccionaba el ramillete. La florista cogía los tallos con cierto cariño, y á cada flor que añadía al ramo, parecía sentir una pena vaga, como si se despidiese de una amiga. Era morena, de estatura regular, de ojos de un pardo aterciopelado con largas pestañas y de esbelto busto, y su cuello y sus hombros marcaban una curva exquisita; tenía algo realmente de la voluptuosa gracia italiana. «Después de todo—pensó Valvert,—Milán no está lejos; quizás tiene en sus venas sangre lombarda.»

La anciana permanecía inmóvil, teniendo en las manos el libro, que no leía; estaba con los ojos cerrados y como adormecida.

Al ver que el comprador la miraba, la muchacha dijo á media voz:

—Mi abuela está ciega.

¿Ciega y con el semblante tan sereno, sin la menor sombra de tristeza? Con mirada de artista inteligente, Valvert abarcó el conjunto de la estancia, los muebles originales, aquel jardín de flores y hojas, aquellas figuras tan simpáticas ambas, aunque de edad y tipo diferente, y pensó: «¡Qué hermoso cuadro podría pintarse con todo esto!»

La joven presentóle el ramo terminado.

—Gracias, señorita; tiene usted unos dedos de hada.

—¡Oh, señor!, murmuró ella ruborizándose.

—Sí, no lo harían mejor las más famosas casas de París. ¿Cuánto le debo?

—La estación no es favorable, y para poder tener flores realmente bellas, he de pagarlas algo caras. Son diez francos.

—El ramo los vale... Veo que también tiene usted bonitos minerales. ¿Son de la comarca?

—La mayor parte sí.

—Los hay muy lindos; volveré otro día á verlos.

El cielo se nublaba otra vez; las nubes ocultaban la Bernina y soplaba de nuevo el viento. «Tenemos mal tiempo para algunos días—díjose Valvert.—Desde mañana me dedicaré á pintar estas flores.»

Pero durante el resto del día, su pensamiento evocó varias veces la imagen de la tiendecita y del interesante grupo que formaban junto á la ventana la vieja campesina y su nieta. Sí, sería un cuadro encantador, y un artista hábil podría producir en él hermosos efectos de contraste entre los matices cálidos de las flores del Sur y la blanca reverberación de la nieve.

Algunos días después, Valvert volvió á la tienda con el pretexto de examinar los minerales; la joven le acogió con la misma graciosa sonrisa y se apresuró á enseñarle los mejores que tenía. Los había negros con venas encarnadas, rojos con reflejos amarillos y amarillos con puntitos de plata ó de oro; los cristales brillaban como si estuviesen tallados en facetas por una mano inteligente, y las ágatas eran lisas como el raso y teñidas de los más variados colores.

Valvert compró gran número de aquellas piedras, y luego se entretuvo conversando con la florista.

—¿Opina usted también, señorita, que este tiempo no puede durar?

—Sí, señor; y mi abuela, que, aunque es ciega, aprecia ciertas señales que rara vez la engañan, cree lo mismo. Acaso dure la tormenta lo que queda de esta semana, pero luego tendremos de pronto la primavera.

—¡Tanto mejor!

Aquella segunda visita acabó de persuadir á Valvert de que había encontrado un tema original. «Y como las cosas originales—se dijo—son de día en día más raras, aprovecharé la ocasión. Por otra parte, este asunto me interesará bastante más que un grupo de flores; pero ¿consentirán la abuela y la nieta en servirme de modelos?»

Todo aquel día estuvo indeciso, pero al siguiente se dijo: «¿Por qué no han de consentir?» Y animado por esta reflexión, después de almorzar se dirigió á la tienda.

—Señorita, hoy tengo que pedir á usted un favor...

—¿Un favor?, exclamó la joven sorprendida.

—Sí, un favor á usted y á su venerable abuela. Soy pintor, y el emocionante cuadro de este interior con ustedes dos junto á la ventana me ha impresionado; quisiera copiarlo con su permiso, y les ruego que se presten á servirme de modelos.

—¡Pero si nunca he hecho tal cosa, señorito!, dijo la joven intimidada.

—No ofrece ninguna dificultad, replicó Valvert sonriéndose.

—Seré muy torpe, y además este traje...

—Así es precisamente como quiero pintarla; tal como está usted vestida, haciendo encajes y enfrente su abuela con la Biblia en la mano.

—Pues pídaselo usted á ella.

Valvert repitió su demanda, pues la anciana era algo sorda, y no había comprendido de qué se trataba. La buena mujer temía á los artistas, considerándolos como gente extraña, fuera de la realidad y que en general lleva una vida disipada; así es que al pronto se negó rotundamente. Valvert insistió procurando desvanecer aquella prevención, que él adivinaba aunque la anciana no la había formulado; veía claramente que la muchacha sentíase tentada, que se despertaba en ella una curiosidad y que, en el fondo, estaba dispuesta á ceder, y tanto y tan bien supo defender su petición que al fin la abuela respondió:

—Veo, señor pintor, que no hay más remedio que hacer su voluntad.

—Gracias.

—Valvert no se atrevía á decir nada respecto de la paga de aquellos modelos de un nuevo género y al mismo tiempo deseaba indemnizarlos.

—Por supuesto, aventuróse á decir al fin, que aceptarán ustedes una compensación por el tiempo que les haré perder.

Pero la abuela no quiso ni hablar de ello.

—No, señor, no, dijo; Lucía nada puede aceptar. Si he consentido ha sido porque usted ha dicho que con ello le hacíamos un favor.

—Con mayor motivo, pues, se lo agradezco. ¿Me permitirán ustedes que venga mañana?

—Cuando usted quiera.

—Una pregunta, señorita Lucía. El tipo de usted ¿es italiano, lombardo?

—Mi madre era milanesa.

—Lo habría jurado. Hasta mañana.

Al otro día, en efecto, comenzaba el trabajo. Valvert no se había equivocado: el cuadro, apenas esbozado, prometía ser encantador. Había tenido buen cuidado de no arreglar la escena, á fin de no estropearla, y la reproducía tal como era, en su inocente intimidad, un tanto arcaica.

En los primeros días, Lucía se sintió cohibida; los ojos del artista, atentamente fijos en ella, escrutando su fisonomía, la turbaban, y no se atrevía á hablar ni á respirar apenas. Por otra parte, habría querido ver el trabajo del pintor, pero éste había dicho que no se lo enseñaría hasta que estuviera terminado, y Lucía había tenido que contentarse con lanzar á la tela algunas miradas furtivas que nada le permitían ver. También la abuela, al principio, estaba violenta; sus ojos apagados se dirigían hacia donde presentía que se hallaba Valvert, y su rostro expresaba una vaga inquietud.

De aquí que el artista hubiese comenzado su obra por el fondo y los accesorios, dejando las figuras para cuando sus modelos hubiesen recobrado su expresión habitual. Poco á poco Lucía y su abuela se familiarizaron con aquella faena, y la joven llegó á esperar con impaciencia la hora de la sesión, de tal manera que le parecieron largos unos días en que Valvert, aprovechando lo hermoso del tiempo, realizó algunas excursiones. Divertíase la joven como un niño viéndole sacar los colores de los tubitos de plomo, extenderlos sobre su paleta, mezclarlos hasta lo infinito con habilidoso arte; limpiar los pinceles, aplicar el aceite y el secante y manejar el raspador; todas aquellas operaciones, eran nuevas para ella. Gustábale también la conversación del pintor, quien, queriendo obtener una expresión sonriente, feliz, se ingeniaba para hablarle de cosas interesantes. Lucía no había estado nunca en Italia, pero amaba aquella tierra de su madre como una segunda patria, y era toda oídos cuando Valvert le describía las encantadas orillas del lago de Como, con sus terrazas de mármol y sus glorietas de rosas, las fértiles llanuras de la Lombardía y la rica y próspera ciudad de Milán, dominada por las blancas flechas de su *duomo*.

—Allí debe usted tener parientes; es preciso que siquiera una vez vaya á verlos.

—La familia de mi madre era poco numerosa y después de su matrimonio no volvió á ocuparse de ella; de modo que no conozco allí á nadie.

También le hablaba de París, de sus monumentos, de sus teatros, del Salón recientemente inaugurado y en el que él nada tenía aquel año por haber vendido su último cuadro á un americano que reservaba las primicias del mismo á una exposición de Nueva York. Todo aquello ejercía sobre la joven una fascinación involuntaria, aparte de que la compañía de Valvert resultaba muy agradable. Era el pintor un guapo mozo, elegante y de refinados modales; sus ojos castaños, su retorcido bigote y sus rizados cabellos obscuros habían hecho más de una conquista. Tenía para la abuela y la nieta delicadas atenciones, que ellas estimaban en mucho. Las sesiones parecíanle cortas á Lucía, y cuando Valvert se marchaba, la joven reanudaba su trabajo de encajera con una sensación de melancolía que á veces le duraba hasta el día siguiente.

—Es todo un caballero, decía á menudo la abuela. ¡Tan bueno y tan atento con una pobre vieja como yo. ¿Cómo es, dime? ¿Es alto?

—Sí, más bien alto.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años.

—¿No has visto nada de su cuadro, de veras?

—No, pero será muy bonito; estoy segura de ello.

—Supongo que Franz, á su regreso, no se disgustará. Y á propósito, piensa que debes decidirte y recuerda que prometiste dar una respuesta en junio.

—Ya lo sé, abuela, ya lo sé...

Y al decir esto, una ligera sombra empañaba la frente de la virgen lombarda.

***

—Una carta para usted, señorita Lucía.

Y el cartero entregaba á la joven un sobre con una porción de sellos extranjeros y cuya dirección estaba escrita por una mano torpe.

—Es de Franz, dijo la joven á su abuela cuando el cartero se hubo marchado.

Y con voz ligeramente temblorosa leyó:

«Querida Lucía, héteme ya en San Francisco y libre de mi compromiso con sir Sheldón. He estado tres semanas sin escribirte, porque nuestras últimas ascensiones en los Andes han sido largas y difíciles y también porque en esta tierra no abundan los correos ni los ferrocarriles; pero si, contra mi deseo, te he dejado sin noticias mías, en cambio mi pensamiento no se ha apartado un instante de ti. En las expediciones más peligrosas, en estas montañas tan diferentes de nuestros Alpes, tu imagen me acompañaba siempre y me infundía valor y fuerzas. Te veía entre tus flores, ocupada en servir á tus clientes, y veía asimismo á tu bondadosa abuela, y me decía que la cantidad que me pagaría sir Sheldón, al término de los seis meses convenidos, me permitiría proporcionaros á las dos un poco de bienestar, si es que consientes en ser mi esposa, como te pedí hace un año y como ahora de nuevo te pido. Me dijiste que querías reflexionar y, antes de mi partida, que mi ausencia te haría ver claro en tu corazón, y me prometiste una respuesta para junio. Dentro de unos días saldré para Nueva York, en donde me embarcaré inmediatamente, y de aquí á dos semanas estaré de regreso en Saint Moritz, no rico, pero sí dueño de unos miles de francos, y espero que este viaje, del que han hablado varios periódicos ingleses y americanos, dará confianza á los extranjeros y que llegaré á ser uno de los guías de la Engadina más solicitados. ¡Mi corazón se estremece cuando pienso que dentro de poco volveré á estar en nuestro hermoso valle! Esta parte de América es realmente magnífica, pero para mi gusto nada de esto vale lo que Suiza, y ninguna cima de los Andes puede compararse con la Bernina. Creo que no podré contener mis lágrimas de alegría cuando vuelva á ver nuestros lagos, nuestros bosques de alerces y nuestras praderas sembradas de rosagos y soldanelas.

»Hasta muy pronto, querida Lucía. Mucho te quería antes de partir, pero mucho más te quiero ahora. ¡Cuán cierto es que la ausencia tiene á veces sus ventajas! Cuento con tu respuesta para el mes de junio..., y cuento con que será afirmativa, ¿no es verdad?

»Da un abrazo de mi parte á tu abuela, y créeme tuyo más que nunca—*Franz.*»

—¡Excelente muchacho!, dijo la anciana. Puedes considerarte dichosa de verte solicitada por él.

Lucía había doblado la carta, guardándola en el pecho, y permanecía pensativa. Ella y Franz Kibli habíanse criado juntos; eran amigos de la infancia. El padre de Franz, un engadinés de pura sangre, era viudo y ejercía la profesión de guía; Franz, en cuanto habia podido, habíale acompañado en las excursiones menos difíciles, y al morir su padre, sepultado bajo un alúd en las vertientes del Rozeg, el muchacho, que tenía entonces diez y ocho años, había abrazado el mismo oficio, pues el amor á los Alpes era en él una segunda naturaleza. Con los años, su amistad por Lucía habíase transformado en un cariño concentrado y profundo, en una especie de culto ingenuo y tenaz, y sin saber si se parecía ó no á las vírgenes de la escuela lombarda, la adoraba como á una madona. A la joven agradábale el mancebo, pero no sentía aún por él la pasión necesaria para acceder á su demanda de matrimonio tres veces reiterada; su sentimiento hacia él no era ya amistad, pero no llegaba todavía al amor, por lo menos ella así se lo figuraba. Y cuando el verano antes un archimillonario americano, apasionado trepador de montañas con quien Franz había escalado todas las altas cimas de la Engadina, propuso al joven guía que le acompañase en una exploración de los Andes, ella misma había aconsejado al muchacho que aceptase, asegurándole que á su regreso estaría decidida... De esto hacía más de seis meses, durante los cuales Franz había escrito, con toda la frecuencia posible, largas cartas, sencillas y cordiales, que reflejaban las cualidades de su carácter.

La abuela no acertaba á explicarse las vacilaciones de Lucía. La primera vez que Franz habló de matrimonio, ella había aconsejado á su nieta que contestase afirmativamente, añadiendo: «El oficio de guía es peligroso indudablemente y nuestras montañas han dejado en la viudez á muchas mujeres; pero ¡qué diantre!, no todo el mundo muere en los Alpes y además Franz es prudente y no se expone sin necesidad... Es un corazón de oro que hará dichosa á su mujer.»

Y cada vez que llegaba una carta repetía esos consejos.

Franz regresaría de un momento á otro y Lucía estaba aún indecisa; y en aquel hermoso atardecer de primavera que iluminaba los campos de nieve y los ventisqueros con sus estrías moradas y de color de rosa, delante de aquel valle en donde todo comenzaba á brotar y á verdecer, turbaban su alma una extraña impresión de malestar y unas sensaciones indefinibles, como si entre ella y Franz fuese á surgir un obstáculo nuevo y desconocido. Dentro de quince días estaría allí Franz y le preguntaría qué había resuelto; y á ella parecíale que la resolución se hacía cada vez más difícil, y con la simpatía sincera que sentía por el muchacho mezclábanse vacilaciones de las que no sabía darse cuenta.

* * *

El cuadro adelantaba y Valvert mostrábase satisfecho. Las sesiones efectuábanse diariamente y Lucía, en el paroxismo de su curiosidad, las esperaba con impaciencia.

—¿No me dejará usted verlo?, preguntó un día.

—No, mientras no esté terminado.

A medida que, en el curso de su labor, estudiaba el rostro de la joven, encontrábalo más encantador, con aquella redondez de mejillas y barba, aquella gracia de la mirada que parecía ocultar un ardor secreto, como llama amortiguada por un velo, y aquella sinuosa línea de la boca que le recordaba la de la Gioconda, que tantas veces había él admirado en el Louvre.

Sentía un verdadero goce artístico y una profunda gratitud á la que se lo proporcionaba; pero sentía al mismo tiempo algo de vanidad, porque no podía dudar de que él también agradaba á la amable tendera. Y sin avanzar más en sus reflexiones, saboreaba el rústico sabor de aquel idilio, sin darle importancia y como se aspira el perfume de una flor silvestre hallada por azar al borde de un camino.

Las adorables flores engadinesas comenzaban á ufanarse. Era mayo y soplaba el tibio viento Sur cargado de efluvios de Italia; en pocos días la nieve se había derretido como por milagro, y apareció triunfante la primavera. Valvert, cuando no estaba ocupado en su pintura, se paseaba admirando aquel rápido cambio, que tenía todo el atractivo de una mutación de comedia de magia. Los azafranes surgían á millares y sobre el delicioso verde de los prados destacábanse ya algunas campanillas blancas, ranúnculos y anémonas. Aquel período que sucede á las prolongadas escarchas es soberbio en la Engadina: el agua corriente susurra por todas partes y en todas partes aspíranse olores de savia; hasta los abetos y los alerces se alegran en medio de aquella límpida luz, el espejo de los lagos es de una transparencia ideal y el corazón más insensible se emociona en presencia de tanta belleza, de tanta frescura, de tanta poesía.

Franz Kibli llegó en una tarde magnífica, tarde de oro y de púrpura, en que las montañas parecían incendiarse; y cuando la diligencia le dejó en Saint-Moritz, tenía los ojos llenos de lágrimas. En Coire había tenido intención de expedir un telegrama á Lucía, pero luego decidió sorprenderla, y al llegar á su pueblo corrió hacia la casa de la joven; cuando abrió la puerta, estaba enteramente pálido. La lámpara de la tienda no estaba aún encendida, así es que en aquella semiobscuridad no pudo observar el guía la alteración que el rostro de Lucía sufrió al verle; pero lo que sí observó es que no le acogían con la expansión que él esperaba después de tan larga ausencia, y aquellos primeros minutos del regreso que él se había imaginado de embriagante dulzura dejáronle desilusionado y casi triste.

Pasó la velada con Lucía y su abuela, que compartieron con él su modesta cena. La joven mostróse afectuosa, hízole muchas preguntas sobre su viaje y se extasió entre los regalos que le traía, un collar y una sortija, porque como á todas las italianas gustábanle las joyas; pero Franz hubiera querido algo más y se fué melancólico.

Al otro día, cuando entró en la tienda, encontró á Valvert pintando.

Lucía le presentó al pintor.

—Franz Kibli, un amigo de la infancia y uno de nuestros mejores guías que regresa de América...

—Anoche en el hotel, dijo Valvert, se hablaba de las ascensiones realizadas por usted en los Andes. Le felicito y me congratulo de estrechar su mano.

Franz estaba sorprendido y turbado: parecíale que Lucía debía haberle hablado la víspera de aquel cuadro; y aunque nada tenía de extraordinario que, siendo la muchacha bonita, como era, un pintor hubiese querido retratarla, el muchacho sentíase contrariado y entendía que ni ella ni su abuela debían haberse prestado á ello. Esto no obstante, admiró la obra, que estaba casi terminada.

—Tal vez la enviaré al próximo Salón, dijo Valvert.

Franz ignoraba lo que era el Salón; pero al pensar que aquella tela iría por el mundo, sintió una repugnancia, como si en ella le robaran algo de su amada, y su melancolía del día antes subió de pronto agravada por cierta inquietud.

Sus compañeros, los guías, que le estimaban y le querían, celebraron su regreso con un *bierabend* en una cervecería de Saint Moritz; mas ni aquella fiesta ni las visitas que tuvo que hacer le distrajeron de sus tristes pensamientos, y temeroso de una respuesta negativa, dejó transcurrir una semana sin atreverse á hablar á Lucía de lo que tanto le interesaba.

Terminóse el cuadro que resultó admirable, así por la perfección del parecido, como por la sobriedad y delicadeza de la hechura y por la armonía de los colores exquisitos.

«Es uno de mis mejores cuadros de género, pensaba Valvert; pero Duvernoy me regañaría si supiese que no he seguido sus consejos.»

Lucía sentíase halagada y lo demostraba inocentemente, dando así un nuevo motivo de tristeza á Franz, que hubiera querido verla indiferente y sobre todo que cesaran las visitas del pintor, puesto que el cuadro estaba ya concluído. Pero Valvert, por gratitud á la joven y por deferencia á la abuela, continuaba yendo á la tienda cada dos ó tres días; sentábase un rato, hablaba de cosas insignificantes, hacíase referir por la anciana leyendas engadinesas cuyo sabor regional apreciaba y escuchaba á Lucía relatar los sucesos de la aldea. El cuadro había excitado la curiosidad en toda la comarca, y á Valvert le pidieron que lo expusiera en uno de los salones de la *Kurhaus* á beneficio de una obra de beneficencia, los periódicos locales habían hablado de él y Lucía no era insensible á aquella atmósfera de popularidad. Franz, en cambio, habría querido impedir á toda costa aquella exposición, pero apenas se atrevió á insinuar una ligera observación que pareció molestar á la joven. La abuela no veía en aquello ningún mal, puesto que el cuadro se exponía en la comarca, en donde todo el mundo conocía á Lucía, y que se trataba de coadyuvar á una buena obra.

Cada vez que Franz encontraba á Valvert en la tienda, sentía un sufrimiento, en las frases más insignificantes veía un doble sentido; espiaba las más inocentes miradas de Lucía, y las visitas del pintor, que nunca eran muy largas, á él se le hacían interminables.

* * *

Mediaba junio; los huéspedes de invierno habían partido y comenzaban á llegar los de verano. Las diligencias del Tirol, de Coire y de Chiavenna traían diariamente viajeros y todos los hoteles habíanse abierto de nuevo.

Valvert prolongaba su estancia en aquel pintoresco valle, al que había cobrado cariño y cuyo aire fortificante le había sentado admirablemente; comía con apetito, dormía perfectamente; sus trastornos nerviosos, que habían movido á Duvernoy á aconsejarle aquel viaje, habían cesado en absoluto; y en cada soplo de brisa, de aquella brisa de los Alpes que ha pasado por los ventisqueros y huele á helecho, á resina y á musgo, parecíale respirar vigor y alegría. En los campos, los azafranes y las campanillas habían sido substituídos por los ranúnculos, que transforman ciertos rincones de la Engadina en una alfombra de oro, por las anémonas de color de azufre y por las gencianas multicolores. Valvert se maravillaba de aquella variedad de especies, de aquella riqueza de coloraciones; nunca había visto miosotis tan azules ni claveles tan sonrosados. Encantábale también la abundancia de paseos fáciles y descansados y se pasaba diariamente muchas horas vagando por los senderos que escalan en ziszás la vertiente de Piz Rosatsch, ó costean los lagos de Sils y de Campfer, ó conducen á Samaden y Pontresina. En todas partes hay bancos para los paseantes, y sentado en alguno de ellos, extasiábase el artista contemplando los horizontes, grandiosos unos, de sosegada intimidad otros, de aquella admirable región, ora en las mañanas de embriagante frescura y llenas de aéreos resplandores rosados, ora en las tardes gloriosamente soleadas ó en las purpúreas claridades del crepúsculo. A menudo acompañábale en sus excursiones la imagen de su encantador modelo, y entonces pensaba en la joven como en una amiga gentil en el presente y un recuerdo amable para el porvenir.

Franz aún no había pedido á Lucia su contestación; veinte veces había estado á punto de hacerlo, y siempre le había contenido algo, un miedo insuperable que paralizaba su lengua en el momento de pronunciar las palabras de las cuales había de depender su dicha. Maldecía á Valvert con toda su alma, y habría querido destruir aquel cuadro, pues atribuía al pintor y á su obra una influencia nefasta; asaltábanle negros pensamientos, y á veces se decía que más le habría valido perecer en una de sus ascensiones á los Andes ó naufragar en el viaje de regreso. Una noche se encontró, sin darse de ello cuenta, rondando la casa de Lucía como si esperase descubrir algo. En una palabra, era horriblemente desgraciado.

Valvert no tenía temperamento de alpinista; sin embargo, para hacer lo que todo el mundo, quiso realizar algunas excursiones importantes, y necesitando para ello un buen guía, dirigióse á Franz, sin sospechar lo que éste pensaba y sentía respecto de él, y le suplicó que le aconsejase en la elección de las cimas adonde poder subir y le acompañase en sus ascensiones. Franz, al pronto, se negó, pretextando que necesitaba descansar de su viaje y que hasta más adelante no reanudaría sus tareas; pero el artista insistió, porque sentía una simpatía grande por aquel muchacho de ojos inteligentes, de varonil belleza de montañés.

—Fije usted mismo las condiciones, le había dicho.

—No se trata de condiciones, puesto que hay una tarifa; deseo descansar.

Valvert se admiró de aquella obstinación, mas no se le ocurrió que la causa de la negativa del muchacho fueran los celos.

La temporada veraniega había empezado con gran concurrencia de extranjeros, y como no se hablaba más que de ascensiones, el pintor, estimulado por el ejemplo de los demás, volvió á la carga. Franz estimaba su reputación de guía valeroso, y por otra parte necesitaba, á pesar de la generosidad de sir Sheldón, ganarse la vida. ¿Qué razones podía alegar para obstinarse en no acompañar á Valvert? Tal conducta necesariamente había de perjudicarle, porque le tomarían por un caprichoso y terco, y otras muchas personas titubearían en solicitar sus servicios.

—Tengo toda mi confianza en usted, díjole un día Valvert; además, usted conoce el francés y, por consiguiente, con usted podré hablar.

Estas palabras habían sido dichas cordialmente; pero Franz, víctima de su idea fija, creyó que Valvert quería desorientarle; esto no obstante, al fin aceptó.

—Sea como usted quiere, dijo. Le aconsejo que

empiece por el paso de los Murets y me pongo á su disposición.

—Perfectamente. ¿Y cuándo?

—Pasado mañana.

—¡Convenido!

Aquella primera excursión fué tan bien, que Valvert quiso realizar otras. Juntos efectuaron cinco ó seis, no peligrosas, pero sí un tanto difíciles, y el pintor se aficionaba cada día más á ellas. Sus ojos de artista gozaban lo indecible con el variado espectáculo de la montaña: aquí las plateadas fajas de las cascadas; allí los derrumbaderos obscuros ó las azuladas ondulaciones de los ventisqueros; en unos sitios, abismos profundos; en otros, atrevidos picachos de extraños perfiles, y en todas partes, un panorama de líneas inmutables y de variados matices, según los juegos de la luz y de las nubes; una majestad y una calma que le impresionaban como nunca hubiera podido figurarse.

Franz era un guía perfecto; tenía la cabeza sólida y las corvas flexibles; era á la vez perseverante y prudente; la pasión y el sentimiento de la montaña eran innatos en él y comprendía el alma de sus montes. Con razón había dicho Valvert que podía hablarse con él; en efecto, aunque carecía de instrucción, había observado mucho y sabía decir cosas interesantes á propósito de animales, de minerales y de plantas, expresándose á veces con bellas frases.

Valvert gozaba con su compañía y se lo manifestaba; pero todo era inútil, porque Franz se limitaba á cumplir concienzudamente su deber y se mantenía hostil á toda intimidad; es más, aquellas muestras de afecto del pintor le ofendían, le irritaban, porque las interpretaba como ironías. Si Valvert pronunciaba el nombre de Lucía, estremecíase interiormente, y los elogios que aquél dedicaba á la gracia y á la belleza de la joven le quemaban la sangre. En tales ocasiones decíase el pintor que su guía era un ser realmente extraño; pero no daba á la cosa más importancia que á los cumplidos que dirigiera á Lucía.

—¿Piensa el señor estar mucho tiempo en Saint Moritz?, preguntó cierto día Franz.

Si Valvert le hubiese contestado «Partiré mañana,» ¡qué peso se le habría quitado de encima al inquieto enamorado!

Pero, en vez de ello, el pintor le respondió:

—Resueltamente me gusta la Engadina; su clima me sienta bien, y sin la menor intención de romperme el alma, deseo hacer algunas excursiones todavía; y como por otra parte deseo ensayarme en la pintura alpestre, es probable que pase aquí todo el verano.

¡Todo el verano! Franz quedóse mudo de pasmo, porque estaba seguro de que mientras el pintor estuviese en Saint-Moritz, una nube, quizás cada vez más espesa, se interpondría entre él y Lucía, y de que no conseguiría la respuesta definitiva que tanto anhelaba, sobre todo si había de ser satisfactoria.

¡Todo el verano! Es decir, mucho más tiempo del que se necesitaba para acabar de enloquecer á Lucía. ¡Todo el verano! ¿De modo que el pobre guía ya no tendría una hora de tranquilidad? Y por añadidura había de acompañar á Valvert, estar días enteros en contacto con él, roído por aquellos celos más punzantes cada día.

Precisamente Valvert volvía á la carga.

—¿No le parece á usted que estoy bastante aguerrido para emprender alguna ascensión de cierta importancia? Confieso que la Bernina me tienta; vista entre dos desgarrones de nubes ó á la hora del crepúsculo iluminada por los rayos del sol, es de una belleza incomparable y se siente uno enamorado de ella como si fuese una mujer.

—Esta ascensión es una de las más difíciles.

—Lo que quiere decir que para mí es imposible. ¿Cuál otra puede hacerse?

—La del Corvatsch, aunque en esta estación las grietas muchas veces están cubiertas todavía de nieve y hay que ir con gran cuidado.

—Bueno, me contentaré con el Corvatsch.

Dos días después emprendieron la excursión, con un tiempo espléndido. Primeramente subieron á la Fuorcla Surly y luego anduvieron unas dos horas al través del ventisquero.

—¡Esto es superior á cuanto me imaginaba!, decía Valvert.

—Pues aguarde usted á que estemos en la cumbre.

—¡Y qué día tan hermoso!

—Casi demasiado..., sí, casi demasiado. Temo un brusco cambio de tiempo. Apresurémonos.

En la cima, Valvert se extasió mientras el guía le explicaba el panorama.

—Es un panorama distinto del del Piz Languard, pero no menos grandioso; los Alpes tiroleses están más lejos y la Bernina nos oculta los de la Valtelina. Pero mire usted los Alpes del Valais y los berneses, los grupos de Disgrazia Forno, del Bergell, de Avers y de Adula; y luego ese inmenso ventisquero del Roseg, y allá en lontananza, nuestros bellos lagos, Sils, Silvaplana, Campfer, Saint Moritz...

—Sí, exclamó Valvert; es una comarca divina.

Y emocionado contemplaba las tupidas praderas, en donde las casas parecían belloritas aquí y allí sembradas, el cristal azul intenso de los lagos tranquilos, los bosques de abetos y de alerces, y aquel prodigioso caos de agujas, de picos, de cúpulas, de leguas y leguas de blancura inmaculada, interrumpida unas veces por sombras misteriosamente amenazadoras y otras por ciertos reflejos de suavidad inefable. Aquel día tuvo Valvert la revelación completa de la naturaleza alpestre, y á fuer de verdadero artista, sentíase fascinado.

Pusiéronse á comer con apetito, pues la subida había sido ruda, y de pronto preguntó el pintor:

—¿La señorita Lucía no ha estado nunca aquí?

Era simple curiosidad; pero en aquel momento más que nunca el oir el nombre de la joven en labios del artista impresionó dolorosamente á Franz, quien contestó secamente:

—No.

¿De modo que aquel parisiense pensaba en todas partes en aquella á quien Franz consideraba como su novia? ¡Había para perder la cabeza, para cometer una locura!

Y desde aquel instante el rostro del guía se ensombreció á la par del tiempo, que bruscamente se había modificado. Densas nubes cubrían entonces el firmamento, y de repente, como en una mutación escénica, envolvieron el sublime paisaje de las cimas.

—Paréceme que el cielo ha tomado un aspecto poco tranquilizador, dijo Valvert.

—Tal vez se acerca una terrible tempestad; démonos prisa á bajar, y para más seguridad nos ataremos el uno al otro con esta cuerda.

—El camino no me ha parecido peligroso.

—Con buen tiempo no lo es, pero con lo que se prepara...

Media hora después la tempestad había estallado con toda su furia; un viento huracanado silbaba y aullaba levantando espesos torbellinos de nieve, y el cielo se obscurecía por minutos. Muy pronto el guía y el pintor no pudieron ver ni dónde ponían los pies.

—Es inútil que avancemos, dijo Franz; detengámonos junto á esa roca, que tal vez la tormenta no tardará en pasar. Pero tenga usted en cuenta que estamos en el sitio de mayor peligro. ¡No haga usted el menor movimiento!

Valvert, aunque sabía que aun en verano se producen en los altos Alpes esas tempestades, sentíase desagradablemente sorprendido; su afición al ascensionismo, que en él era hija sólo del capricho, habíase desvanecido de repente, y se prometía no reincidir. Agarrábase lo mejor que podía á una saliente del peñasco sostenido por Franz, en tanto que la violencia del huracán crecía y la nieve, azotada por todos lados, le cegaba. «Sería muy triste—pensaba—haber venido á morir de esta manera; si llego á arriesgarme sin guía, estaba perdido.»

Franz permanecía silencioso, pues aparte de que no se habrían oído las palabras en medio de aquel estrépito de los elementos, tenía puesto todo su pensamiento en Lucía y mentalmente repasaba todos los sucesos acaecidos desde su regreso, fijándose en los más pequeños pormenores, que tenían para él una significación exagerada.

Ahora estaba convencido; sus imaginaciones parecíanle realidad tangible y claros como el agua de manantial los proyectos perversos del pintor.

¡Y estaban allí los dos, solos en los blancos Alpes, en medio de una tempestad formidable, azotados por el viento y por la nieve y sin ver nada en torno suyo! Pero Franz sabía que el precipicio estaba á dos pasos y que el menor movimiento significaba rodar al abismo sin esperanza de agarrarse en parte alguna. Estaba allí, solo con aquel hombre, su enemigo mortal, por quien desde hacía tantas semanas padecía cruel tormento y que quería robarle lo que él más amaba en el mundo. ¿Inconscientemente, por hábito sin duda, explotando su prestigio como un espejuelo para cazar infelices alondras? Quizás sí; pero no, no era posible. Un hombre tan inteligente como aquel debía saber el daño que causaba; y á pesar de esto lo causaba, sin tener siquiera la excusa de una pasión avasalladora, porque Lucía sólo podía ser para él un capricho, sin sentir ninguna piedad para los demás. ¿Y los demás habían de tener piedad de él? ¿No se presentaba como un ser maligno al que convenía destruir? De nuevo pensó Franz en la peligrosa situación en que se hallaba, en plena tormenta, en aquella montaña solitaria y con el abismo á dos pasos; y de pronto apoderóse de él una tentación horrible. Aquel hombre era su enemigo mortal; aquel hombre trataba de robarle lo que más amaba en la tierra. ¿No tenía él el derecho de defenderse? ¿Acaso no nos defendemos contra los ladrones, contra los asesinos, contra las fieras? No tenía más que alargar la mano y desatar la cuerda... y el otro rodaría por la rápida pendiente y se hundiría en la grieta insondable. Accidentes de ese género ocurren á menudo, y por consiguiente, ¿quién podría sospechar de él? ¿Qué pruebas podrían aducirse en contra suya?

Pero aquella tentación no hizo más que cruzar como un relámpago de locura por la mente del guía, que en seguida volvió en sí, indignado consigo mismo y sintiendo que toda la nobleza de su alma se sublevaba. Los Alpes no sólo dan á sus hijos fuerza corporal; incúlcanles también algo de su grandiosidad y de su pureza. Franz pidió mentalmente perdón de aquel mal pensamiento á su patria, á sus compañeros, los guías, á Lucía, y apretando con más vigor la cuerda, redobló su energía para sostener á Valvert, que temblaba de frío y de miedo.

—Señor, beba usted un trago de coñac y no se asuste; creo que la tempestad se calmará pronto.

En efecto, el viento disminuía y en la cumbre de la montaña vislumbrábase una vaga claridad. Una hora después, todo peligro había desaparecido y los dos expedicionarios entraron en Saint Moritz con un tiempo espléndido.

—Me ha salvado usted la vida, dijo el pintor.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, respondió Franz.

Y no quiso aceptar la gratificación que Valvert quería darle.

***

Algunos días después, el Sr. Waldhaus, pastor de Saint Moritz, regresaba de visitar á un enfermo que vivía en una casita perdida en las alturas. Hacía más de treinta años que ejercía el sagrado ministerio en aquel pueblo y conocía á todos los habitantes de la comarca y todos le conocían á él. Los que frecuentaban la Engadina y que desde hacía tanto tiempo le encontraban cada año en su puesto, siempre vivaracho y ligero de piernas, asombrábanse de lo bien que se conservaba. Era bondadoso y caritativo é incesantemente recorría su parroquia, enterándose de todo para poder ser útil á todos, viviendo como un asceta y sin otra pasión ni distracción que la botánica. Había publicado una flora del país, en un tomito de bolsillo que se vendía á beneficio de los pobres.

Atravesaba el Sr. Waldhaus un bosque de alerces, lleno de delicadas orquídeas, y deteníase á cada paso para coger algunas de estas flores, cuando al doblar un sendero parecióle oir detrás de un grupo de helechos casi arborescentes un ruido extraño, como un lamento entrecortado por sollozos. «¿Qué podrá ser esto?»—preguntábase el anciano, pensando que se trataba tal vez de algún niño perdido.

Avanzó unos pasos, apartó los helechos y quedóse asombrado. Franz Kibli estaba tendido en el suelo, con la cabeza entre las manos y sollozando. «¡Vaya una cosa extraña!—pensó el Sr. Waldhaus.—Franz Kibli no es ningún chiquillo y sus motivos ha de tener para llorar de este modo... ¡Jem, jem, jem!»

Tosiendo fuertemente para avisar su presencia, avanzó el pastor; pero Franz no parecía darse cuenta de nada, y para que levantase la cabeza fué preciso que el Sr. Waldhaus se inclinase sobre él y le pusiese la mano en el hombro.

—¡Oh, señor pastor!, exclamó el joven turbado.

—¿Qué te pasa, muchacho?, preguntóle el señor Waldhaus, de quien Franz había sido catecúmeno y que seguía tuteándole. Sabes que te quiero y que conmigo se puede hablar libremente.

—No me pasa nada, respondió el joven con cierta brusquedad.

—Guárdate el secreto si así te conviene; pero quisiera poder serte útil...

Aquel acento paternal conmovió á Franz, quien, por otra parte, sentía gran necesidad de confiar su pena á un corazón simpático.

—Señor, Lucía no me ama.

—¿Qué dices? ¡Y yo que creía que el día menos pensado vendríais á verme y á pedirme que anunciase vuestro matrimonio!

—También yo lo creía, y á mi regreso de América, estando en el barco, ¡cuántos proyectos hermosos formaba! Parecíame que todo marcharía viento en popa y que Lucía sentiría la misma ansiedad que yo... En una palabra, me consideraba dichoso; pero apenas llegado, comprendí que me había equivocado lastimosamente, que todo aquello no era más que un sueño, que entre ella y yo existía no sé qué, algo que no había cuando me marché y que ahora nos separa...

—¡Esas son imaginaciones!

—No; Lucía está distraída, preocupada, y la abuela parece también inquieta...

—¿Le has hablado?

—No; pobre mujer, hay que dejarla envejecer en paz... Además, me figuro que Lucía no se lo dice todo...

—¿Sospechas, pues, algo?

—Nada..., nada...

—Tú sospechas algo, replicóle el pastor cogiéndole afectuosamente la mano.

—Pues bien, sí, exclamó Franz, que ya no podía contener su pena y sentía la imperiosa necesidad de un consuelo, de un apoyo.

—¿Es grave la cosa?

—¡Quién puede decirlo! Lo cierto es que Lucía parece haberse alejado de mí durante mi ausencia..., y sin embargo, de ciertos indicios deduzco que acabaría por amarme como yo la amo.

—¿Cuál es la causa de ese alejamiento?

—No puede ser más que una, ese maldito cuadro, el trato con ese pintor que le ha metido en la cabeza no sé qué quimeras. ¡Oh! Es cierto que no soy hombre de ciudad, añadió con tristeza, ni elegante, ni hablo bien..., pero mi única aspiración es rodearla de atenciones, de cariño, hacerla dichosa...

—No exageremos, Franz; Lucía es buena...

—Pero puede engañarse á sí misma... ¡Ahí está el obstáculo, señor pastor! ¡Estoy persuadido de que ahí está!

El Sr. Waldhaus reflexionó un momento y dijo, lanzando un suspiro:

—Tal vez tengas razón... Pero te repito que no hay que exagerar. El Sr. Valvert es todo un caballero; pero Lucía es guapa y quizás él le ha dirigido algunas lisonjas. La cuestión está en saber cómo las ha tomado ella... ¿Tienes confianza en mí?

—La tengo.

—Pues deja á mi cuidado este asunto. No has de juzgar á Lucía sin pruebas..., todo se reduce á una mala inteligencia que yo me encargo de disipar... ¡Y lo más pronto posible!, añadió sonriéndose. Pero hay que ser prudente y tus sospechas podrían ofender á Lucía; no le demuestres lo que sientes, al contrario, violéntate y sé con ella más atento y más cariñoso.

—¡Oh, señor! ¡Cómo me animan las palabras de usted! Yo, que jamás he temblado en las más peligrosas ascensiones, estaba ahora mismo, como usted ha visto, llorando ni más ni menos que un niño. ¿Cree usted que aún puedo esperar?

—Lo creo firmemente. Lucía no es una tonta y ese parisiense no es un hombre sin conciencia. ¡Hasta muy pronto, Franz, hasta muy pronto!

El Sr. Waldhaus prosiguió su camino hacia la aldea. Los alerces, agitados por el viento, vibraban como cuerdas de una lira; las orquídeas embalsamaban el aire, y al través del obscuro ramaje filtrábanse adorables chorros de luz; pero el anciano no prestaba atención á nada de aquello, preocupado solamente por lo que le había contado Franz. «Obrar con franqueza, ir á ver al Sr. Valvert y hacerle entender de un modo discreto todo el daño que causa inconscientemente, estoy seguro de ello... ¡Sí, es lo más sencillo!»

Así reflexionaba el Sr. Waldhaus, quien una hora después presentábase en el hotel en donde vivía el pintor y se hacía anunciar á éste. Valvert, sorprendido, recibió inmediatamente al pastor.

—Perdone usted que venga á molestarle, dijo el Sr. Waldhaus, y que yo mismo me presente.

—Yo soy quien ha de pedir á usted disculpa por recibirle en este cuarto. Podríamos bajar al salón...

—Al contrario, lo que he de decirle es algo delicado.

—Hable usted.

—Empezaré por decirle que mis feligreses son para mí unos hijos, cuyas alegrías y aflicciones compartí, y que tengo á usted por un cumplido caballero. Y añadiré ahora que usted, sin querer, hace sufrir mucho á un excelente muchacho y pone, quizás, en peligro la felicidad de una joven.

—No comprendo á usted; por favor, explíquese francamente.

—Ya suponía yo que nada sospechaba usted, ni siquiera que Franz Kibli está enamorado de la muchacha cuyo retrato ha pintado usted.

—En efecto, no lo sospechaba; la señorita Luisa me lo presentó como un amigo de la infancia...

—Que se ha convertido en pretendiente pérdidamente enamorado y que espera, desde hace más de un año, que Lucía se decida.

—Adivino lo demás, dijo Valvert sonriéndose; Franz se figura que yo cortejo á su amada y teme que ella le deje por mí.

—Poco más ó menos es esto, replicó el Sr. Waldhaus sonriéndose á su vez. Los enamorados no ra cionan y hace un momento me he encontrado á Franz en el bosque llorando amargamente.

—¡He aquí por qué se negaba á servirme de guía y se mostraba tan poco sensible á mis demostraciones de simpatía! ¡Pobre muchacho!... Excuso decir á usted que está enteramente equivocado.

—Estaba convencido de ello cuando he venido.

—¿Pero es que la Srta. Lucía no le ama?

—Le ama sin darse de ello cuenta.

—O le amará... cuando yo me haya marchado... ¿Pero es posible que Lucía se haya figurado?...

—No lo creo, á lo menos seriamente.

—Ahora me explico la cara triste que puso Franz cuando le dije que pensaba pasar aquí todo el verano. Tranquilícele usted; dentro de tres días habré partido de Saint-Moritz.

—Es más de lo que yo deseaba... ¿Y le contrariará á usted mucho marcharse?

—Un poco, lo confieso; pero hay que cortar por lo sano. Iré al Righi ó al Oberland.

—Gracias, caballero; tengo la seguridad de que antes de fin de año casaré á esos dos muchachos, que son dignos el uno del otro.

—Sin embargo, no puedo partir sin despedirme de Lucía y de su abuela, que tan amables han sido conmigo.

—Tengo absoluta confianza en usted. Y de nuevo doy á usted las gracias en nombre de los dos, porque serán dichosos. La caridad no consiste únicamente en dar pan.

Dos días después entraba Valvert en la tienda de Lucía.

—Vengo á despedirme de ustedes.

—¿Se va usted?, exclamó la joven palideciendo ligeramente.

—Dentro de una hora parto para Tarasp, y antes he querido expresar á usted y á su abuela todo mi agradecimiento.

—¿Volverá usted el año que viene?, preguntó Lucía con acento vacilante.

—No es probable, porque tengo encargados muchos cuadros importantes... Si vuelvo, será dentro de dos ó tres años..., quizás en viaje de novios, pues mi tía, única pariente que me queda, se empeña en casarme.

Lucía palideció un poco más, y después de un momento de silencio, dijo:

—Pues buen viaje, Sr. Valvert.

El pintor le dió la mano, estrechó la de la abuela y se fué. «Ahora Franz Kibli podrá dormir tranquilo,» murmuró.

Lucía habíase quedado en la puerta viendo cómo se alejaba. Valvert caminaba de prisa, y pronto desapareció sin haber vuelto la cabeza.

El cielo estaba hermoso; sólo hacia Oriente flotaba una nubecilla ligera, muy ligera.

La joven ya no sufría; sentía únicamente la sensación algo triste del despertar de un ensueño vago, pero que prometía, al parecer, ser encantador.

La nubecilla se diluía en copos que uno tras otro se fundieron; así desvanecíase su ilusión tenue, inconcreta, de la que ya nada quedaba. Entonces apareciósele la imagen de Franz y vió á éste tal como era; varonilmente hermoso, lleno de valor y de energía, con un corazón tan generoso y tan tierno como fuerte era su brazo. Y sintió que sería bueno apoyarse en aquel brazo para caminar por la senda de la vida y confiar su destino á aquel corazón.

***

En diciembre de aquel mismo año, Valvert recibió del Sr. Waldhaus las siguientes líneas: «Mi estimado amigo: ayer casé á Lucía y á Franz. Son dichosos; ¡ya se lo dije á usted! Esta obra no será de las menos bellas que haya usted producido.»

Y en 1.° de enero, Franz Kibli recibía un cheque de 2.000 francos, acompañado de estas palabras de Valvert:

«He vendido el retrato, y el comprador es, por rara coincidencia, sir Sheldón, con quien exploró usted los Andes. Acepte usted el precio del lienzo para su primer hijo, cuyo padrino quiero ser.»

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
FUMIGATION
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Todas las parisienses elegantes emplean la
Crema de Siva
que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
37, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España:
PÉREZ, MARTIN, VELASCO Y C.ª—MADRID
Depositario en Buenos Aires
MARCELINO BORDOY, 1150, VENEZUELA, 1154

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Barcelona.— Objetos descubiertos y coleccionados por las brigadas del Banco Hispano-Colonial en el derribo de las casas afectadas por la reforma y destinados á los Museos Municipales. (De fotografía de J. Brangulí.)

A medida que la picota demoledora va derribando las antiguas construcciones que es necesario hacer desaparecer para que se abra paso la gran vía A. de la Reforma de Barcelona, van reuniéndose, en el solar cercado que reproducimos, cuantos fragmentos arquitectónicos y objetos de más ó menos interés artístico se desentierran. Hasta el presente se han expuesto en dicho sitio, que es visitadísimo por curiosos más ó menos inteligentes, una ánfora romana, un elegante ventanal ajimezado y dos arcos de galería ojivales; varios jambajes de puertas y ventanas del Renacimiento, algunos con ornamentación heráldica en el dintel; buen número de bases, ménsulas, capiteles, medallones y esbeltas columnillas en haz y poligonales, pertenecientes á ambas épocas; y además algunos hierros, ornamentados marcos de alcoba, dos brocales pétreos de pozo, etc., etc. Todos estos objetos, así como una cupulilla pintada al fresco acerca del mérito de la cual andan desconformes los pareceres, y que hay el propósito de salvar entera, serán trasladados, después que los haya seleccionado y clasificado la junta arqueológica al efecto nombrada, á los Museos municipales, que no podrán menos de agradecer, así como los barceloneses, al Banco Hispano-Colonial el respeto con que ha procurado salvar de la destrucción cuanto le ha parecido que podía tener un interés histórico ó arqueológico.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN